

FBI

#

HOTEL

MORTIMER CODY

**Falso
CONTRABANDO**





R

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 21.027-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Falso contrabando

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

PRÓLOGO

A pesar de que la noche era fría, desapacible, brumosa, había mucha expectación, mucha gente curiosa, formando un grupo irregular, cerca del «pier» 87 del East River, en Manhattan. Al «pier» 87 se llega por la calle Treinta y Siete Oeste, y está casi debajo del principio del Queens Midtown Tunnel.

Se veían las aguas, sucias, con crestas blancas que formaba la corriente del río, surcado de cuando en cuando por alguna embarcación de mediano calado, con sus sirenas de aviso que atravesaban la bruma mucho mejor que cualquier luz.

No sólo había curiosos cerca del «pier» 87. Había también policía uniformada, cuya única misión consistía, precisamente, en mantener a tales curiosos alejados prudencialmente del muelle. La Policía formaba un cordón, y la gente aguzaba la vista, observando lo que se hacía en una lancha que se balanceaba en el agua.

Había, además, un coche de bomberos y dos coches patrulla de la Metropolitana. Al parecer, por tanto, existían motivos para que creciera la curiosidad. Además, alguien había hecho correr la voz de que había visto lo ocurrido: se trataba, simplemente, de un accidente. Un coche se había hundido en el agua del río, tras una estúpida maniobra del conductor. Eso era todo.

El conductor podía estar dormido, o borracho, porque la maniobra no había podido ser más absurda. Y allí estaban bomberos, policías y servicios de buzos de los bomberos, para tratar de rescatar al hombre y al coche del fondo del río.

En la lancha, dos bomberos estaban ya equipados para sumergirse. Llevaban su traje reglamentario, de goma, con botellas de oxígeno, tubos, las herramientas cortantes pertinentes, luz... Los dos hombres, ya a punto, hicieron una seña, y su zambullida resultó espectacular; agradó al público, a los curiosos.

Los dos buzos del Cuerpo de Bomberos estaban ya entre dos aguas, tratando de localizar el coche con sus luces. Uno de los hombres hizo una seña y realizó un escorzo hacia la izquierda, hundiéndose un poco más, seguido por el otro.

No era difícil localizar un coche, un «Buick» del sesenta y cuatro, negro, con carrocería imponente, sólida, cuyo morro estaba apuntando hacia la superficie. Una vez localizado el coche, los buzos se dispusieron a realizar el trabajo más ingrato. Lo era, sin duda, puesto que nadie tenía noticias de que el conductor hubiese podido salir de aquella trampa, y, por tanto, dado que el coche llevaba hundido más de veinte minutos, las probabilidades de devolver a la superficie a su conductor con vida eran totalmente nulas.

Cada buzo fue por un lado del morro, hasta alcanzar las portezuelas.

La luz de ambos incidió sobre el interior del coche, en el punto en que normalmente se halla situado el conductor. Y la luz descubrió el cadáver. Un tipo corriente en todos los aspectos; cuarenta años, canas, bien vestido, y con las manos aferradas aún a una puerta que no quiso abrirse a tiempo. Por el cristal abierto, el coche se había inundado, y lo máximo que conseguirían sacar con vida de allí serían algunos pececillos.

Los dos buzos cambiaron una nueva seña. Uno de ellos, con un instrumento duro y cortante, practicó un agujero en cuadro en el punto donde se encontraba la cerradura del coche; pudo abrir la portezuela, y manipuló con el cadáver, extrayéndolo del coche, para depositarlo en unos cables. Tiró de un extremo, dando la señal arriba.

Desde la lancha-grúa captaron la señal, y los cables portadores del cadáver empezaron a izarse. El buzo seguía la marcha ascendente de los cables, atento a un posible desprendimiento del cadáver.

No hubo incidentes en tal aspecto, y poco más tarde el cadáver del desafortunado conductor aparecía por encima de las aguas, y era trasladado a cubierta. El buzo, por su parte, trepó igualmente a cubierta, y se desprendió inmediatamente del tubo.

Se acercó a oficiales y compañeros que rodeaban el cadáver.

—No ha sido difícil —dijo.

—¿Y Gaylor? —le preguntó un oficial.

—Debe estar asegurando cabos en el coche, para ser izado. Está a sólo cuatro yardas a la izquierda de la grúa, y como a diez de profundidad.

—Está bien. No te cambies aún. Esperemos la señal de Gaylor, ya que es probable que necesite ayuda.

—Puedo bajar ahora mismo.

—Aguarda. ¿Había alguien más dentro del coche?

—No.

—Vaya, ya es algo...

En aquel instante, una cabeza recubierta de goma asomaba a la superficie. Fue vista por muchos pares de ojos, y mientras el buzo Gaylor, el que había permanecido abajo, soltaba el tubo, todos adivinaron que algo ocurría, a juzgar por la expresión de Gaylor, quien gritó:

—¡Baja, Teddy! ¡Debo estar viendo visiones!

Mordió de nuevo el tubo y se sumergió, sin dar explicaciones. Teddy no las necesitaba, y se zambulló de nuevo en el agua, localizando a Gaylor por la luz; le siguió, hundiéndose, y nadaron ambos hacia el coche. Gaylor se deslizaba hacia la parte trasera del mismo, hundida en el fondo cenagoso, pero siguió la marcha, hasta la pared del muelle, con oscuras oquedades.

Teddy, intrigado, observó que se separaban cosa de cinco yardas del coche, pero tuvo que seguir a su compañero, dado que no era posible hacer preguntas. Un instante más tarde, Gaylor dejaba de nadar, y se mantenía frente a una de las oquedades, desvelando la oscuridad con su linterna acoplada a la frente.

Teddy añadió su luz a la de Gaylor, y miró hacia el fondo de la oquedad. Respingó fuertemente, y su mirada se cruzó con la de su compañero Gaylor.

Otro cadáver.

Aquella vez era el de una mujer.

Veían el cuerpo un tanto desfigurado, el rostro como bailando en prismas descompuestos ante sus ojos, dado el movimiento de las aguas, pero dos cosas eran seguras: se trataba de una mujer, y estaba muerta. Una mujer que vestía abrigo oscuro, su cabello era claro, y estaba como empotrada en la oquedad.

Ambos a un tiempo, se dedicaron a extraer de allí el cadáver de

aquella mujer, y utilizaron cables para que fuese izada, dando el tirón de señal.

Aquella vez fueron los dos buzos quienes acompañaron el cadáver, puesto que lo del coche estaba listo, y la grúa podía entrar en funciones en cualquier momento. Gaylor se ocupó de ello, y la grúa empezó a mover el coche, mientras que el cable izaba el cadáver, al que vigilaban Teddy V Gaylor.

Tres minutos más tarde, ante muchas miradas asombradas, aparecía en la superficie el cadáver de la mujer. Seguidamente, los dos buzos. Y el ruido de la grúa hacía inútil preguntar a distancia, por lo cual, en silencio, el cadáver fue trasladado a cubierta de la lancha, y los dos buzos la ganaron igualmente, por sus medios.

Ambos, tras quitarse los tubos, se acercaron a los oficiales que estaban desprendiendo el cadáver de la mujer de los cables.

—¿Estaba dentro del coche? —inquirió el oficial.

Gaylor negó con la cabeza.

—No. Estaba en una oquedad, empotrada. La vi casualmente, cuando aseguraba ganchos en la parte trasera del coche. Al principio, creí que podía ser otra cualquier cosa, pero...

—Está bien, Gaylor. Eh, que alguien avise al sargento Thorne. Hay algo para él.

Uno de los bomberos fue en busca de Thorne, de la Metropolitana, quien llegó con la gabardina abierta, revuelto el cabello, un gesto de mal humor y una colilla entre los labios. Como todos los que estaban en torno al cadáver de la mujer, permaneció unos instantes silencioso, contemplándola. Era aún joven; treinta y tantos años, y debió ser hermosa. El sargento retiró la colilla de entre los labios, y la arrojó al agua.

—Ambos estaban en el coche, ¿eh? —Gruñó.

—No es eso, sargento —dijo Gaylor—. Ella... estaba empotrada en un hueco del muelle. Ignoro si iba en el coche cuando éste se hundió, pero lo dudo mucho. De haber ido en el coche, y conseguido salir, lo más probable es que hubiera salido a la superficie. De la forma en que se encontraba, es imposible, en mi opinión, que tenga relación alguna con el accidente del coche.

Thorne frunció el ceño.

—¿Usted supone que el cadáver estaba oculto en el hueco? —inquirió.

—Lo afirmo —dijo Gaylor—. Estaba doblada de una forma extraña. Por sus medios, jamás hubiera conseguido tal postura. Bien, exactamente, es eso: el cadáver de esa mujer lleva ya algún tiempo, ignoro si horas o días, oculto en la oscuridad. Estoy completamente seguro de que el caso se aparta totalmente del accidente del «Buick».

—¿Teddy? —inquirió el perplejo oficial de bomberos, mirando al otro buzo.

Teddy asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con Gaylor. En todo —dijo.

El coche estaba saliendo ya a la superficie; la grúa molestaba con su ruido de engranajes chirriantes.

El sargento Thorne rezongó:

—En ese caso, no debieron tocar el cadáver. Debía ser levantado con autorización... Posiblemente nos encontramos en un caso de homicidio, con intento de ocultación del cuerpo de la víctima, y al tocarla, al sacarla del agua, ha podido perderse alguna huella... —suspiró—. De todos modos, habrá que hacer algo. Deberá ser identificada, y se le practicará la autopsia... ¿Me necesita con relación a algo más sobre el accidente, Porter? —inquirió Thorne, dirigiéndose al oficial de bomberos.

—No. Tenemos la víctima y el coche. En todo caso, puede ocuparse de que los cadáveres sean trasladados juntos a la Morgue.

—Está bien.

Sin más, el sargento Thorne se apartó de allí, abandonando la lancha. Instantes más tarde, se encontraba dando órdenes a los hombres de los coche-patrulla bajo su mando.

Tras la llamada en la puerta de su despacho, el sargento Thorne dio permiso para entrar, y dejó la colilla en el cenicero. Miró al detective Malcolm, que entraba con unos papeles en la diestra. Thorne le hizo una seña, y el detective se sentó frente a él, tendiéndole los papeles.

—¿Algo fuera de lo corriente? —inquirió Thorne, sin mirar aún los papeles.

—Creo que sí, sargento.

—Ya... ¿El tipo? El del coche.

—Estaba completamente borracho cuando se hundió, sargento. Por lo menos, eso demuestran los análisis efectuados. Por tanto, lo

ocurrido con ese hombre, llamado Erle Barrett, es perfectamente accidental. Se trataba de un comerciante en mala época... Su mujer ha sido avisada, ha identificado el cadáver, y afirma una y otra vez que presentía ese desenlace, desde que llegó la partida de sombreros contratada a su esposo por unos armenios, que luego han incumplido el contrato... En fin..., dificultades económicas en los negocios, *whisky*, y... el accidente. No parece haber otra causa.

—Bien..., no parece que haya nada que investigar.

—Pues no, sargento. La viuda reclama el cadáver. Puesto que tenemos todos los datos, y se le ha practicado la autopsia, con resultados negativos en cuanto a posible homicidio, le he dicho que no habrá dificultades.

—De acuerdo. Luego te ocupas de eso.

—Lo haré, sargento.

—Vayamos con la mujer. Parece un caso distinto, ¿eh?

Malcolm asintió con la cabeza, y dijo:

—Es distinto, sargento. Es curioso que un accidente nos haya dejado entre las manos ese cadáver inesperado...

—¿Identificada? —inquirió Thorne.

—No... Aún no. No llevaba encima nada que pudiera servir para esclarecer su personalidad. Ningún papel, ni bolso... Se ha mirado en el coche, por si acaso, pero no se ha hallado en su interior ningún bolso de mujer, ni ningún otro objeto sospechoso. Se han tomado las huellas digitales de la muerta, y se está procediendo a su identificación.

Thorne encendió otro cigarrillo, sin molestarse en ofrecer al detective Malcolm.

Expulsó una bocanada de humo, e inquirió:

—¿Causas de la muerte?

—Una vez en la Morgue, se observaban a simple vista: dos estiletaos en el cuello; profundos, limpios, con poca sangre... De todos modos, se practicó la autopsia, que demostró ser esos estiletaos la causa de la muerte. Puesto que no hay precedentes de que nadie se suicide con dos estiletaos y luego oculte su propio cadáver, la conclusión no puede ser más sencilla: asesinato.

—¿Tiempo? —inquirió el sargento.

—El forense se inclina por un margen de cuarenta y ocho horas.

—¿Y en el agua?

—El mismo tiempo.

Thorne chupó del cigarrillo, y murmuró:

—Mujer no identificada por el momento, que es asesinada hace dos días, y su cuerpo, inmediatamente, es ocultado en una oquedad del muelle ochenta y siete del East River... Asesinato descubierto por azar, y que alguien tendrá que sentir. Ocúpate, en primer lugar, de que la señora Barret pueda retirar de la Morgue el cadáver de su esposo. Luego, mete prisa a los de Identificación. Cuanto antes conozcamos la personalidad de la muerta, antes podremos empezar a trabajar.

Malcolm se puso en pie.

—Aunque no signifique gran cosa, sargento —dijo—, debo comunicarle que la muerta parecía una dama. Ya me entiende, ¿no?

Thorne asentía con la cabeza.

—Está bien, muévete —dijo.

I

AQUELLO era sorprendente. Uno, al entrar en aquella pequeña quinta de Henry Hudson Parkway, a la altura de la calle Setenta y Dos Oeste, no podía imaginarse en modo alguno lo que era por dentro aquella casa de forma caprichosa, hundida entre jardín; todo pequeño, pero bien cuidado, con gusto en todos los detalles.

La casa constaba de dos dormitorios, cocina-comedor, sala de estar, servicios y un diminuto despacho. Todo amueblado con un tono funcional que hubiese dejado perplejos a los detractores de dicho estilo. Todo era cómodo, alegre, bonito. Y no había más mobiliario que el imprescindible.

Todo eso, en cuanto a la casa en sí. El propietario...

El propietario era Howard Kellog. Un hombre de treinta y tres años, con cuerpo de atleta y cara de niño, a veces. Tenía el cabello amarillo, y los ojos negros; mentón fuerte, puntiagudo; boca viril, de labios bien dibujados. En aquellos momentos, en la comodidad de su casa y por... circunstancias especiales, no estaba desnudo, como solía, en su intimidad, con calefacción en toda la quinta, y completamente aislado. Aquella noche vestía un pantalón, jersey claro, con las mangas hasta los codos y zapatillas compuestas por una tira de cuero.

Las... circunstancias especiales, se concretaban en una melena roja, ojos verdes, veinticuatro años en un cuerpo sensacional..., en una boca sonrosada, tierna... Y, lo que son las cosas, ella, Yvonne, notaba mucho más que Howard el calor de la calefacción. Al entrar en la quinta, lógica y discretamente se quitó el abrigo. Luego, un bonito y exótico chaleco; luego, hasta las medias, que estaban tiradas en la salita... Los zapatos por otro lado; el cuerpo de Yvonne bien apretadito por los brazos de Howard, y la cabeza pelirroja... ¡cualquiera sabía!

Cada cosa por su sitio, pero Howard apresaba lo más hermoso de Yvonne.

Ella le estaba acariciando los labios con un dedito, en aquellos momentos, y le sonreía, como un poco avergonzada.

—Howard..., ¿me tomarás por una estúpida si te pregunto cuántas mujeres han estado antes aquí? —susurró.

—Por supuesto, querida —sonrió Howard, desconcertando a Yvonne.

—¡Oh..., eres...! Suéltame. No he debido aceptar tu invitación. Dijiste una copa, y...

—No te muevas, Yvonne, preciosa —suspiró Howard—. ¿No estás bien así? Es un momento agradable; estamos solos, hablamos poco, sólo hemos bebido lo justo para ver las cosas por su lado optimista, hemos bailado un poquito...

—Y no has parado de hacerme preguntas sobre mi jefe —concluyó la bella Yvonne.

Howard frunció el amarillo ceño.

—Bueno, es lógico que me interese por tus cosas, ¿no? Es corriente que las secretarias se enamoren de su jefe, y en tu caso..., digamos que me molestaría.

Yvonne sonrió de nuevo; siguió acariciando los labios de Howard con un dedito. Luego, de súbito, saltó, apartándose de él. Quedó en pie, frente a Howard, mirándole a los ojos con algo parecido a la ira. Howard estaba asintiendo con la cabeza, aprobando, tal vez, la nueva faceta de Yvonne, realmente espléndida con la cabellera revuelta y la actitud agresiva, en aquellos instantes.

—Oye esto, Howard: soy una estúpida al preguntarte el número de mujeres que han estado aquí antes que yo, pero te aseguro que en otras cosas no lo soy en absoluto. Hace dos días que nos conocemos; para mí, en verdad, es un poco humillante que en sólo dos días hayas conseguido traerme aquí, pero eso no importa ahora. ¿Por qué no hablamos claro? ¿Qué es lo que te interesa de mí?

Howard, tranquilo, con cara de niño en aquellos momentos, alargó mano en busca de la copa de champaña; la tomó, e hizo una mueca al verla vacía.

Hizo un gesto de resignación, y miró de arriba abajo a Yvonne. Una mirada que se fue deteniendo en distintos puntos anatómicos.

Además, Howard Kellog no despegaba los labios, seguro de que su mirada ya significaba una respuesta, muy concreta, además. Yvonne soportó la actitud de Howard, y dijo:

—No... No me mires así, Howard. No me engañas. Insisto en que no soy del todo estúpida, y sé que aquí habrá habido chicas más bonitas que yo. ¿Qué te interesa de mí, de mi jefe, repito?

—Ven, nenita, te lo diré al oído —sonrió Howard.

—Howard...

—¿Te apetece un poco más de champaña?

—¡No!

—Vaya..., estás estropeando la noche, Yvonne.

Ella vaciló unos instantes, y fue a sentarse junto a Howard. Su minifalda se mostraba muy indiscreta, pero ella tenía su mirada fija en la de Howard, reteniéndola. No obstante, Howard sabía hacer las cosas, y mientras miraba nada le impedía aprovechar el tiempo. Así que deslizó la mano hacia una pierna de Yvonne, acariciándola suavemente.

—¿Quién eres, Howard? —inquirió ella—. Sé de ti que eres un hombre atractivo, simpático, que vives en un lugar agradable, y que no parece tener grandes preocupaciones. No es mucho. ¿Sabes qué pienso?

—Cualquier cosa —sonrió Howard, dando a entender que no tenía mucha confianza en el cerebro femenino.

—Pues bien: creo que eres un competidor de mi jefe, míster Pettygrove. ¿He acertado?

—Tal vez. ¿Dónde se encuentra míster Pettygrove?

—Viajando.

—¿Dónde?

—Por Europa.

—¿Visita cíe negocios?

—Sí, naturalmente... Por cierto, que se llevará un enorme disgusto, y también una gran sorpresa, cuando regrese y se entere de lo de su esposa... Yo misma estoy aturdida; no consigo entender quién pudo matar a la señora Pettygrove, de esa horrenda manera, además... Dos estiletaos en el cuello, y ocultan el cadáver... Eh, un momento..., ¿acaso es eso lo que te interesa de míster Pettygrove?

Ante el silencio de Howard, Yvonne, un tanto furiosa, atizó un manotazo a la diestra de Howard, impidiendo que siguiera

acariciándola.

—¿Es eso? —insistió ella.

—Bueno..., ¿por qué no lo dejamos todo en que me gustas? Es sencillo, Yvonne.

—¿No me harás más preguntas, entonces?

—Sí, cuando se me ocurra alguna con sentido. Hasta ahora, sólo sé que míster Pettygrove es un hombre, en tu opinión, intachable; su matrimonio era feliz, y no existe motivo alguno para que deseara la muerte de su esposa. Existía amor y confianza entre ambos. Míster Pettygrove ha realizado un viaje por buena parte de Europa, cuidando los negocios, por lo cual ni siquiera cabe señalarle como autor o responsable de la muerte de su esposa... ¿Es eso?

—En efecto. ¿Eres policía?

Howard sonrió una vez más, pero un tanto desganadamente.

—Soy un chantajista, Yvonne. Lamento que hayas insistido tanto. Pensé que entre gente rica se había cometido un crimen, y estaba dispuesto a obtener mi parte. En fin..., habrá que buscar por otro lado, aunque se supone que el asesino de *mistress* Pettygrove ha de ser de su medio social, y, por tanto, también rico. No desisto de hallarlo.

—Pero... ¿crees que voy a ayudarte a eso? —Casi gritó Yvonne, poniéndose en pie.

—No te excites, nenita. Habrá algo para ti.

—Oh... ¡Cínico! Yo me...

—Espera... Yo pienso que puede ser alguien de su medio, pero es posible que se trate de algún empleado de la joyería..., o empleada, claro... ¿Sabes un buen motivo para asesinar a una mujer? La rivalidad pasional. Hum..., tú, como secretaria de míster Pettygrove...

—¡Howard! —exclamó, rojo el rostro, escandalizada, Yvonne—. No... no hablas en serio, ¿eh?

—Tal vez, querida, tal vez...

Ella sacudió la cabeza, aturdida. Abrió y cerró la boca varias veces. Por fin, estalló:

—¡Me marchó! ¿Y sabes qué voy a hacer? Avisar a la Policía.

—No te conviene. Has estado en mi casa, y..., bueno, tu palabra y la mía deben tener un valor aproximado, nena. ¿Y por qué tantos escrúpulos? Después de todo, son ellos, los ricos, los que matan. Eso

deben pagarlo, como sea, ¿no? Si se creen con derecho a todo...

—¡No quiero oírte más!

Yvonne, furiosa, fue en busca del chaleco, y se lo puso. A continuación, las medias, realizando una auténtica exhibición, y luego los zapatos. Tomó el abrigo y el bolso, y se plantó ante el flemático Howard.

—Lamento haberte conocido —dijo—. Y...

Se interrumpió. En aquellos momentos se percibía claramente el rumor de un coche, acercándose a la quinta de Howard. Un instante más tarde, el coche se detenía frente a la puerta, y Howard se puso en pie. Yvonne le miraba, desconcertada.

—Ven conmigo —dijo Howard—. Rápido. Es posible que sea la Policía, y me disgustaría que te vieran conmigo ahora. Bueno..., ellos me interrogan a menudo. Cuando un tipo no es grato..., ya se sabe. Ven, rápido.

Yvonne, asustada, maldiciendo aquel lío con un chantajista, aceptó le mano que le tendía Howard, y tuvo que seguirle hacia el dormitorio. Una vez allí, y sin encender luz alguna, Howard la encerró en el «closet» donde estaba todo su vestuario.

Cerró con llave, tras advertirla de que le convenía su silencio.

Con la llave en el bolsillo y sonriendo burlonamente, Howard se encaminó hacia la puerta principal de la quinta, cuando se estaban oyendo furiosos ladridos. Encendió una luz que alumbraba todo el senderillo enarenado, y su sonrisa irónica se acentuó al ver a un conocido, que estaba muy quieto, frente a dos mastines, que le ladraban de un modo espeluznante, enseñándole los dientes, agudos, brillantes.

—¡«Sorpion», «Sínister»! —dijo, secamente, Howard.

Los dos mastines empezaron a gemir y a retroceder.

El tipo que había estado acorralado soltó un fuerte suspiro.

Luego:

—Tú y tus perros... —masculló—. Maldita sea...

—¿Qué tal, Upton? Vamos, no te quedes ahí. Ya deberías saber que mis mastines no atacan sin orden mía.

—Me gustaría verte a ti ante sus dientes...

Howard rió brevemente. Upton Harley caminaba hacia él, y luego, juntos, se dirigieron hacia la salita donde momentos antes estaban Yvonne y Howard. Entraron, y Upton Harley, con mirada

experta, fruncido el ceño, estuvo observando el escenario.

—No estás solo, ¿eh? —Gruñó.

—Oh, vamos, Upton..., sólo como siempre; soportando el peso de esa horrible...

—¿Y bebes en dos copas? ¿Y tú mismo te besas en las orejas después de pintarte los labios? Bueno, dejemos eso. ¿Dónde la tienes?

—No molestará —gruñó Howard—. Siéntate.

Los dos hombres se sentaron. Upton extrajo un paquete de cigarrillos, tomó uno e invitó a Howard. Encendieron. Luego, Upton dijo:

—Hay novedades, Howard.

—Ya... Tengo que viajar, claro. Soy uno de esos agentes del F. B. I., que nunca puede estar tranquilo en...

—No vas a viajar. Ya sabes que el inspector Lovejoy pensó en ti por eso... y otras cosas, hay que admitirlo, pero no vas a viajar esta vez, al menos de momento. Vamos a hacer un resumen de la situación, puesto que han ocurrido cosas nuevas... y desagradables para todos.

En aquellos momentos, la expresión de Howard Kellog hubiera sorprendido bastante a Yvonne. Howard tenía el rostro impasible, la negra mirada brillante, la boca plegada, y un gesto en su frente de reflexión, de agudeza. Ya no importaba su aspecto, sino aquel gesto inteligente y duro a un tiempo.

—Adelante, Upton —dijo.

Upton era un muchacho espigado, algo desgarbado, con los ojos grises; su aspecto resultaba agradable, juvenil.

—Bien... —empezó—, el principio de este asunto se halla en un asesinato, el de la señora Pettygrove, que escapa a la jurisdicción del

F. B. I.

No obstante, la Metropolitana tuvo dificultades para identificar esa mujer y obtener informes de relacionados con ella; relaciones diversas, ya sabes. Recurrieron a nuestros archivos, y encontramos algo que aconsejaba nuestra intervención. Ya lo sabes: el diseñador de la joyería de Pettygrove es un individuo fichado. Un tipo con muchos antecedentes, los más graves, contrabando de brillantes. El

tal diseñador, James Aloysius, estuvo cinco años en una prisión brasileña por ese delito, y aquí se le admitió con toda prevención, aunque es americano; no podíamos echarle. El

F. B. I.,

nosotros, suponemos que puede haber algo de contrabando en los motivos de la muerte por asesinato de la señora Pettygrove.

—¿Habéis interrogado a Aloysius? —inquirió Howard.

—No. Si se ha hecho algo en este asunto, te has ocupado tú.

—Ya... ¿Por qué no meter en cintura a ese tipo?

—Mira, Howard..., pensamos que no actúa por su cuenta.

—Entiendo. Parece ser que si existe contrabando, Aloysius no es, en esta ocasión, más que un segundo de Pettygrove.

—Algo así.

—El que interesa, pues, es Pettygrove.

—Exacto..., hasta que no se demuestre lo contrario —sonrió Upton.

—Será difícil. Mira..., la poseedora de esos labios pintados, la que bebía en esa copa, es Yvonne Gates, secretaria particular de míster Pettygrove. He sacado poco de ella... en cuanto a información, claro. No hay quien la haga variar de respuesta: míster Pettygrove está en Europa, en viaje de negocios. París, Bruselas, Bonn y Berlín, dice.

—Es exacto.

—Oh..., eso quiere decir que habéis localizado a Pettygrove, ¿no? Ésa era la nueva noticia, ¿verdad?

—Parte de la nueva noticia. ¿Te ha dicho esa *miss* Gates cuál es la especialidad de la casa? ¿Te ha hablado de sus métodos de propaganda?

—Casi no hemos tenido tiempo... —sonrió Howard—. De todos modos, he captado lo suficiente. Parece ser que su propaganda se basa en obsequiar a los futuros clientes, o a los ya antiguos, con reproducciones, autorizadas por las autoridades competentes, por supuesto, de joyas antiguas, que reposan en nuestros museos. El diseñador, Aloysius, copia cualquier joya antigua, y la reproduce en materiales baratos: latón y pedrería de imitación. Esas reproducciones, perfectas, según Ivonne, son de regalo, y el presunto cliente se asombra de la habilidad artística del diseñador de la joyería de Pettygrove, y piensa que vale la pena ser cliente, ya

que podrá contar con diseños de auténtica calidad.

Upton tenía fruncido el ceño.

—Pues para no haber tenido mucho tiempo, has acertado de lleno —rezongó—. Eso es lo que hacen: obtienen autorizaciones, y como propaganda envían esas reproducciones baratas a sus futuros clientes.

—¿Y qué hay con eso? —inquirió Howard—. Me parece un método acertado de propaganda. Pero sólo eso.

—Bien..., nos hemos desviado un poco de la cuestión, Howard. Si he hablado sobre esto, ha sido para demostrarte que Aloysius, pese a ser el hombre que con sus informes nos ha hecho intervenir, parece alejado de la cuestión, ya que su trabajo en la joyería de Pettygrove se limita a eso: a diseñar; lo mismo originales que reproducciones. Quien viaja, quien negocia, es Pettygrove. Por consiguiente, es quien tiene las máximas probabilidades de ser el contrabandista..., contando, tal vez, con los conocimientos de Aloysius sobre la materia.

—De acuerdo. Sigue.

—Es cierto que Pettygrove ha estado en París, Bruselas, Bonn y Berlín. Por tanto, no es culpable de la muerte de su esposa.

—No lo parece —puntualizó Howard.

—Bien, bien..., pero hay algo más importante.

—¿Más importante que la muerte de *mistress* Pettygrove?

—Desde nuestro punto de vista, sí: la muerte de uno de nuestros enlaces en Berlín occidental.

Howard mostró cierta sorpresa.

—La muerte de uno de nuestros enlaces... No me digas que míster Pettygrove es el asesino, Upton. Y hasta me resulta difícil creer que esté relacionado con esa muerte.

—¿Sí? Pues no interrumpas y escucha. Ese enlace que ha resultado muerto, estaba vigilando, precisamente, a uno de los hombres que ha sido visitado por Pettygrove, durante su viaje a Berlín.

—Pero...

—Howard, no sólo nos dedicamos al espionaje. Nuestros enlaces vigilan también la moneda falsa, el tráfico de narcóticos, contrabando de oro y piedras preciosas... ¿Lo entiendes? Nuestro enlace vigilaba a un joyero de Berlín llamado Franz Junger,

visitado, insisto, por Pettygrove. No sabemos qué más hizo nuestro enlace, pero tras dar un corto informe a un superior, ha desaparecido. Por consiguiente, ésa es la información recibida desde Berlín: Pettygrove tiene relaciones con gente sospechosa a los ojos de nuestros enlaces.

—¿Crees que el propio Pettygrove ha asesinado a nuestro enlace tras descubrirle?

—No digo tanto Pero debieron darse cuenta de la vigilancia, y pudo ser el joyero Frank Junger, o alguien de su posible organización de contrabando.

Howard asentía con la cabeza. Encendió un nuevo cigarrillo, esta vez de los suyos.

—Vaya... entonces no parece haber duda: Pettygrove se acerca a gente dudosa, que, además, no vacila en matar. Son muchas, pues, las probabilidades de que Pettygrove sea un contrabandista en gran escala. No obstante, sus materiales están controlados, y sus...

—Oh, vamos, Howard..., ¿voy a tener que explicarte qué es un contrabandista?

—No, claro... Bien: tenemos que Pettygrove parece andar metido en el asunto de uno de nuestros enlaces en Berlín. ¿Dónele está ahora Pettygrove?

—Vuela hacia aquí —sonrió, levemente, Upton.

—Oh... Entonces, confiadamente, vuelve a casa, tras solucionar sus asuntos, ¿eh?

—Eso parece.

—Es claro que no podía hacer otra cosa... —murmuró Howard—. Regresa como si nada hubiese ocurrido... Lo que me pregunto es cómo encaja en este asunto la muerte de Gladys Pettygrove.

Upton se encogió de hombros.

—Por el momento, tenemos cosas más importantes en qué pensar, Howard —miró su reloj de pulsera—. Son las diez y quince minutos. A las once y veinte tiene su llegada el aparato en que viaja Pettygrove, al Aeropuerto Kennedy. Tú verás si te conviene recibirle.

—¿Y qué le digo? ¿Que sospecho que es contrabandista de joyas y piedras preciosas, y metales preciosos, y que, además, sospecho que está implicado en el asesinato de uno de nuestros enlaces en Berlín? No... No creo que sea conveniente recibirle en el

aeropuerto. En todo caso, interesa saber exactamente qué clase de relaciones tiene con Aloysius, aparte de pagarle a éste por su trabajo como diseñador.

—Bien, es cosa tuya. Yo he cumplido, al informarte sobre todo lo que se ha averiguado.

—De acuerdo, Upton. Debo pensar en todo esto.

—Oye..., ¿le has dicho a esa chica que eres del

F. B. I.?

—Vamos, hombre...

—¿Y seguro que la has engañado?

—Casi. Es bastante inteligente —sonrió Howard—. Eh..., ¿crees que puede ser un cómplice más?

—¿Y por qué no? Un hombre solo no puede dedicarse con éxito a ninguna clase de contrabando; debe tener una organización.

Irónicamente, Howard dijo:

—Lo tendré en cuenta, Upton.

Upton se puso en pie.

—Ya sé que eres un genio, hombre... Oye, por favor, acompáñame. Me disgustaría tener que clavarle un balazo a uno de tus perros... ¡«Escorpión» y «Siniestro»!... Eres encantador, Howard. Hasta la vista.

Howard, riendo silenciosamente, acompañó a Upton, y le estuvo mirando hasta que su compañero del

F. B. I.,

se largó con el coche.

Entonces, un tanto preocupado, regresó al interior de la quinta.

II

CON gesto un tanto hosco, Howard, tras abrir la puerta del «closet» donde estaba encerrada Yvonne, dijo:

—Puedes salir. Se fue.

Yvonne salió del «closet», procurando mantenerse digna. La situación la había humillado, pero era inútil discutir con aquel cínico chantajista.

—¿Era un policía? —inquirió.

—Naturalmente...

—¿Y?

—No pasa nada. Yo sólo me meto en asuntos que valen la pena. ¿Vas a ayudarme o no? Has tenido tiempo de reflexionar.

—He estado pensando en otras cosas, querido —dijo ella, furiosa, conteniéndose a duras penas—. En fin, son errores que sólo se cometen una vez. Y... voy a advertirte algo: si molestas a míster Pettygrove, será tu palabra de chantajista contra la mía. ¿Comprendes? Te denunciaré.

—Caramba, Yvonne... Dime una cosa: ¿qué había entre *mistress* Pettygrove y el diseñador, ese Aloysius?

—¿Entre...? O soy una estúpida inocente, o eres un tipo repugnante, Howard. La señora Pettygrove, como su esposo, era intachable. Llevo ya algún tiempo en ese empleo, y sé a qué atenerme con la gente. En cuanto a James Aloysius, es un hombre... En fin, lo digo por mí misma: preferiría convertirme en gato antes de caer en sus manos. Y no es que sea viejo ni feo, pero... No sé si me entiendes: repugna. A mí, ¿eh? Por cierto..., tiene algunos puntos similares a ti.

—¿También chantajista? —se sorprendió Howard.

—¡Oh...! No me refiero a eso... Posee tu... desenvoltura, tu cara

gruesa... Pero debo aclarar inmediatamente que él no ha conseguido llevarme a su apartamento.

—Menos mal... Me vería obligado a partirle la cara.

—Adiós, Howard. Y digo «adiós». Hasta nunca.

—Como quieras. No obstante, seguirás al lado de Aloysius y de mister Pettygrove, cuando cualquiera de ambos puede ser un asesino.

—¿Sí? No es que sea muy ducha en cuestiones policiales, querido, pero me parece muy difícil que mister Pettygrove, desde Europa, haya clavado un estilete en el cuello de su esposa, por dos veces. En cuanto a Aloysius, aunque lo dudo, me extrañaría menos. Alguien ha sido, de eso no cabe duda. Y... y... ¿sabes?, me come la ira, pensando que sólo me has buscado para esto..., para sonsacarme, en beneficio de tus sórdidos planes de chantaje...

Estaba casi llorando de humillación. Tan bonita, tan joven..., con aquella minifalda que dejaba al descubierto una porción de cosas bellas; con el cabello rojo destellando...

Howard se acercó a ella, con cara de buen chico.

—Nena, yo...

—¡Déjame!

Quiso apartarse, pero se encontró, por sorpresa, entre los brazos del hombre del

F. B. I.,

quien, realmente, se sentía a gusto con aquella chica entre sus brazos; olía bien, miraba con rectitud, y resultaba bastante ingenua. La besó, sin que Yvonne fuese capaz de evitarlo. E incluso cedió un poco; sus labios correspondieron brevemente.

—Howard..., si fueses de otra manera... Pero no vas a cambiar por mí, claro... Por favor, déjame ir.

—Aguarda. Yvonne..., supongamos que por esta vez me dedicara solo a descubrir la verdad, pero no en beneficio propio, sino para ir a contar lo que pueda descubrir a la Policía.

Ella respiró hondo. Tenía los senos erguidos, prietos.

—¿Lo harías de veras, Howard? —musitó.

—Bien..., es posible.

—¿Por mí?

—Por los dos.

Yvonne se retorció las manos.

—Lláname mañana. A mi casa, claro. Yo... pensaré esta noche.

—De acuerdo...

—Pero, Howard..., te ruego que no me engañes, que no juegues conmigo. No sé si te importa, pero soy una chica decente... Quiero seguir siéndolo... Por ayudarte a descubrir la verdad y contarla a la Policía, haré lo que me digas, pero, por favor, si lo que tratas es de utilizarme...

Tenía una expresión patética, de niña abandonada, en aquellos momentos, y Howard no pudo evitar una sonrisa suave, extrañamente suave, y dulce, que asombró no poco a Yvonne.

—Howard..., esto es una pesadilla... Tú no puedes ser lo que dices...

—No lo seré en este asunto. Y... vete.

Ella pestañeó.

—¿Por qué? ¿Qué temes?

—Te llamaré mañana. Anda, vete.

—Sí, será lo mejor... Hasta mañana, Howard.

Él la agarró de un brazo y la condujo a la salida de la quinta. En el vestíbulo la ayudó a ponerse el abrigo, y no pudo resistirlo: la besó de nuevo. Luego, salió mantuvo a raya a los mastines son una simple y seca orden, y miró a Yvonne partir. Luego, pasó a la salita, se hundió en el sofá, encendió un cigarrillo y pensó durante mucho rato.

Aquella noche, Yvonne estaba maravillada, deslumbrada. Lo cierto era que jamás había estado en el «Copacabana», en el 10 de la calle Sesenta Este. Un lugar auténticamente suntuoso, con apabullantes «copa-girls», resplandecientes de belleza; tanto, que la empequeñecían a una, en muda opinión de Yvonne.

Ella vestía un bonito minivestido blanco, con adornos de piel muy suave en el cuello y en las mangas, hasta medio antebrazo; usaba apenas maquillaje; un poco en los ojos y en la boca tan sólo; sin joyas, sin ostentaciones de clase alguna. Le bastaba su bonito cuerpo, su juventud, su restallante cabellera roja...

Había excelente música, bellos decorados, gente de dinero y magnífica cocina francesa y china.

—¿De veras es más agradable mirarme a mí que a ellas, Howard? —inquirió, de pronto, Yvonne, señalando con un discreto gesto de la barbilla a una de las fabulosas «copa-girls».

Howard esbozó una leve sonrisa.

—Como ellas hay cientos, nena —dijo.

—Oh, entiendo... Esto es... maravilloso, Howard; nunca había estado en un lugar así. Parece un sueño...

De pronto, se ensombreció su rostro. Miró a Howard a los ojos. Realmente, era una lamentable desgracia... Aquel hombre, agradable, apuesto, viril; con aquella elegancia exquisita aquella noche, vestido de «*smoking*». Y la joven, mordiéndose el labio inferior, desvió la mirada de las negras pupilas de Howard.

—Yvonne..., ¿piensas que todo esto lo estamos disfrutando con dinero sucio? —musitó Howard.

Yvonne no respondió.

—Olvídalo por esta noche, nenita. ¿De acuerdo?

Asintió ella con la cabeza, lentamente.

Pero ya no sentía tanto apetito, ni el sabor del champaña era tan grato. Trató de alejar sus negros pensamientos, diciendo:

—Míster Pettygrove ha encajado muy mal el asesinato de su esposa, Howard. Tal vez me equivoque, puesto que me doy cuenta de que soy una ingenua, pero juraría que no es culpable; no puede serlo. Estaba lívido; le he visto lágrimas en los ojos, no ha recibido a nadie esta mañana a excepción de Aloysius... Esta tarde no le he visto, porque estaba citado con la Policía. Pero, repito, mi impresión es la de que la muerte de su esposa le ha dolido profundamente.

Howard miró su copa de champaña, vacío. Tomó la botella del cubilete plateado, empañado por el contraste del frío y calor del ambiente, y se puso un par de dedos, ignorando que la de Yvonne estaba también vacía. Ella, mentalmente, agradeció el detalle, entendiendo que Howard no quería obligarla a beber demasiado.

Howard bebió un poco, ocultando su expresión. Podía ser que Pettygrove nada tuviera que ver con lo de su mujer. Pero ¿y lo de Berlín?

—¿Cómo se ha comportado Aloysius? —inquirió, de súbito, Howard.

Yvonne enrojeció un coco.

—Bueno..., ¿sabes?, estuve espiondo. Traté de oír algo de lo que hablaban. Aloysius casi me sorprendió al salir.

—Ya... ¿Y bien?

—No gran cosa. En principio, Aloysius, discretamente, se hizo partícipe del dolor de míster Pettygrove..., lo corriente. Aloysius utilizó las fórmulas de esos casos.

—¿Y luego?

—Hablaron de negocios un poco. La verdad es que Aloysius bajó la voz entonces, no imagino por qué razón, y pude oír poca cosa. Pero deduzco que hablaron del viaje de míster Pettygrove a Europa, y que allí los asuntos han ido bien. Lo que sí sé positivamente es que esta vez la firma

«Pettygrove's»

utilizará para su propaganda una reproducción de un pectoral egipcio, reducido a broche, que se encuentra en el «Boston Museum of Fine Arts». El broche representará a la diosa Isis, esposa de Osiris, arrodillada, alada, y con un símbolo en cada mano. He visto la fotografía, y es una auténtica obra de arte; el original, claro. Pero Aloysius hace milagros con sus reproducciones en latón blanco y piedras de imitación. Se fabricarán algunas docenas de esos broches.

—Ya... ¿Acaso Aloysius tiene participación en el negocio, además de lo que cobre como diseñador?

—Pues... lo ignoro. Lo cierto es que a veces parece un consejero de míster Pettygrove.

—Entiendo. Aloysius, al parecer, es un experto en joyería.

—Sin duda, pero también míster Pettygrove es viejo en el oficio.

—Sí, claro...

—Howard..., ¿algo de esto va a servir para esclarecer el crimen de la señora Pettygrove?

—Lo ignoro, pero es importante ir conociendo a la gente.

—Oh, claro...

—¿Bailamos?

El súbito cambio de Howard desconcertó un poco a Yvonne, pero aceptó. Fueron a la pista, mezclándose con la gente, bailando muy pegados, en silencio, mirándose de cuando en cuando a los ojos. Yvonne se sintió mejor en la pista, bailando, como la gente normal, y se abandonó un poco a la música, al baile, dejando el cerebro en blanco.

Lo cierto era que aún dudaba de que Howard cumpliera su promesa, y apenas podía evitar que su recelo trasluciera.

Howard, por su parte, pensaba intensamente.

—Son las once y media, Yvonne —dijo, de pronto—. Te acompañaré a tu apartamento.

Yvonne le miró, asombrada.

—Pero... Bien, como quieras, Howard.

—Vamos.

La acompañó a la mesa. Yvonne recogió el bolso y el abrigo, Howard abonó el «*ticket*», y poco después estaban en la calle, con el encanto roto, aunque había muchas luces, con variado colorido, y los «*parkings*» estaban repletos de fabulosos coches. La calzada oscura brillaba, y había en el ambiente una pizca de humedad, de bruma. Caminaron agarrados del brazo hasta donde Howard tenía su coche, un «Packard» del sesenta y seis, muy confortable, de carrocería azul oscuro.

En silencio, Howard abrió la portezuela del coche correspondiente al asiento de Yvonne, y ésta se acomodó. Luego, Howard se situó frente al volante. Antes de que manipulara para poner el coche en marcha, Yvonne le rodeó el cuello con ambos brazos y le besó largamente, estrechándose contra él.

—Debo estar loca, Howard... —Casi gimió—. Hace tres días que te conozco, ¡tres! Y ya... Howard, ¿qué vas a hacer ahora? Estoy segura de que no piensas ir a dormir. Me llevas a casa para que no te estorbe.

—Acertaste —rezongó Howard.

Y puso el coche en marcha, dejando a Yvonne desmadejada en su asiento, con la triste impresión de que a Howard ella le importaba menos que un estornudo de pájaro.

Se dirigió a buena velocidad, dejando atrás luces y colorido, en dirección a Lexington Ave, y luego hacia el Sur, en busca de la calle Treinta y Cuatro Este, donde tenía Yvonne su apartamento, que compartía con una dependienta de la joyería de Pettygrove. Fue cuestión de diez minutos de coche, y la joven pelirroja se sintió francamente desencantada cuando el «Packard» se detuvo frente a su casa.

Aun alocadamente, había tenido la esperanza de que Howard la engañara, y que no fuese cierto que la llevara a su casa. Pero...

—Ya estamos, Yvonne —dijo el hombre del

F. B. I.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Howard?

—Te llamaré.

—¿Quieres que siga... espionando?

—Sí, por supuesto.

—Bien... Ha sido una noche a medias.

Howard sonrió un poco, y dijo:

—Recuérdame algún día que te debo la otra mitad. ¿«Okay»?

—Lo haré...

Y se besaron de nuevo. Yvonne salió del coche de mala gana, caminando despacio hacia su apartamento. Howard la miró unos instantes; era muy linda, agradable; una figura juvenil con verdadero encanto... Pero no quería perder tiempo, y puso el coche en marcha antes de que Yvonne se metiera en el portal.

Por lo pronto, lo que iba a hacer Howard era cambiarse de ropas. No le interesaba el llamativo «*smoking*»; se sentía incómodo, además, con la automática muy pegada al cuerpo. Casi voló, por la misma Treinta y Cuatro, hasta alcanzar Henry Hudson Parkway, al oeste de Manhattan, y de allí a su quinta.

Se detuvo frente a la verja, abrió la puerta, e iba a dirigirse de nuevo hacia el coche, para meterlo dentro, cuando oyó los ladridos de sus perros. Con el ceño fruncido, avanzó hacia el lugar desde el que partían los ladridos. Un instante más tarde, impenetrable el rostro, observaba el espectáculo que tenía lugar frente al muro de la izquierda.

Allí estaban «Scorpion» y «Sinister», mostrando los colmillos, gruñendo de un modo espeluznante.

Había algo más.

Alguien más: una mujer. Estaba pegada al muro, con una clarísima expresión de terror en sus pupilas tan negras como las del propio Howard. Una mujer joven, de figura muy estilizada por el pantalón negro, y el jersey estirado sobre las caderas, ajustado en el busto, muy bien proporcionado. Tenía el cabello oscuro, lacio, colgando en mechones juveniles.

Howard se acercó a los perros y a la mujer.

—Fuera, «Scorpion», «Sinister» —dijo, con voz apacible.

«Sinister» ladró, dando vueltas sobre algo caído en tierra. Howard, arqueando una ceja, se acercó al lugar, se inclinó, vio brillar una automática; sin despegar los labios, se inclinó y la tomó

por el cañón, que estaba frío, y la guardó en un bolsillo.

—Bien, «Sinister». Largo.

Los dos perrazos, descontentos, se largaron, dejando solos al hombre del

F. B. I.,

y a la aterrada mujer, que empezó a recuperar el color, lo cual hizo sonreír levemente a Howard porque ella, en verdad, no tenía motivos para sentirse aliviada; pero, claro, no tenía la obligación de saber que él era mucho peor que sus mastines.

Se acercó a ella, observándola unos instantes. Lo lógico; tenía la mano derecha manchada de sangre; sus mastines atacaban si veían un arma, y ella, sin duda, trató de matarlos. Tenía el jersey desgarrado a la altura de la muñeca, y la mano herida, ensangrentada. Además, un desgarrón en los pantalones, a la altura del muslo izquierdo.

—Venga conmigo —dijo Howard.

—Por favor..., no le he robado nada.

Su voz era patética; una vocecilla aterrada, en realidad. Howard la miró de soslayo, y rezongó:

—Haré algo por esa mano. Acompáñeme.

—Bien..., no llame a la Policía, se lo ruego.

Ella echó a andar Howard se fijó en la porción de muslo que el desgarrón dejaba al descubierto. Lanzó un silbido mental. Por eso, y por todo, en realidad. La dama era auténticamente hermosa.

Llegaron a la quinta, Howard abrió la puerta, encendió la luz del vestíbulo y señaló la salita a la dama.

—Espéreme ahí —dijo—. No le aconsejo que trate de huir; el motivo es obvio.

Ella se estremeció. Ya había probado los dientes de «Scorpion», que la desarmó de una dentellada. En silencio, se dirigió hacia la salita, mientras que Howard, aparentemente despreocupado, silbando bajito, se dirigió hacia su cuarto; se quitó la chaqueta, el lazo, y luego tomó un botiquín del baño y unos frascos adicionales. Con todo ello en la mano, y en mangas de camisa, fue hacia la salita. Observó que la dama estaba desconcertada. No sabía qué actitud tomar. Pero quedó quieta, mirando a Howard.

—Veamos esa mano —dijo Howard—. Súbase un poco más la manga.

Ella obedeció, sin despegar los labios.

—¿Qué buscaba aquí? —inquirió Howard, mientras preparaba lo necesario para la cura.

—Yo... pensé que... que sería fácil entrar...

—¿Y qué más?

Howard la miró fijamente a los ojos. Ella se mordió el labio inferior.

—Usted ya lo ha adivinado —musitó luego—. A veces encuentro cinco mil dólares; otras veces, quinientos, y otras, nada.

—Entiendo...

—¿Llamará a la Policía?

—Ya veremos —sonrió, secamente, Howard.

Y antes de dedicarse a la cura, alzó el jersey oscuro de la dama, descubriéndole el estómago, la esbeltísima cintura y la funda de la automática, perfectamente camuflada por el jersey estirado. Además, llevaba una navaja pegada bajo el seno izquierdo, mediante una tira adhesiva. Sin contemplaciones, Howard la arrancó de un tirón, y la guardó en un bolsillo. Luego, empezó a registrarla, pasando las manos por todo el cuerpo de la mujer, que no despegó los labios en ningún momento.

—Yo..., a veces, tengo que defenderme... —musitó por fin.

—Ya... ¿Cómo te llamas?

—Fanny... Fanny Marlow.

—Esta dentellada ha sido lo mejor que te ha podido ocurrir, Fanny.

—Sí...

—Veamos.

Miró la mano y el principio de la muñeca. Realmente, «Scorpion» era un mal bicho. Había cuatro huellas, que no dejaban de sangrar. De todos modos, no había habido rotura de venas, ni nada más grave que dolor y el miedo; más miedo que dolor, ésa es la verdad.

Howard empezó a limpiar las heridas, sin que Fanny se quejara. Le pareció que Howard sabía lo que hacía. Una vez la herida limpia, Howard tomó uno de los frascos, y dijo:

—Ahora, polvos secantes, con sulfamida, un buen vendaje, y listo. Ya no dolerá.

Howard, con el frasquito en la diestra, espolvoreó su contenido

sobre las heridas limpias.

Inmediatamente, Fanny soltó un alarido de dolor, de ira, y quiso saltar, golpear a Howard, quien esquivó a Fanny para asestarle una tremenda bofetada, que la dejó empotrada en el sillón, jadeando, llorando, lamiéndose la mano.

—Bueno, Fanny..., no hay que ponerse así por un simple error; en lugar de polvos secantes te he puesto un poco de sal... Repito, un simple error —dijo, mordaz.

Y a continuación soltó un revés espeluznante, que dejó completamente roja una mejilla de Fanny.

Luego, la voz de Howard sonó mucho más seca, dura, desconocida:

—Como ves, suelo empezar por el final, para que nadie dude de mis métodos. ¿Vas comprendiendo? Cuando yo pregunto algo, quiero la verdad. Y tú te llamas Fanny del mismo modo que yo Bonaparte. ¿Rumana? ¿No? ¿Escuece? Pues puédelo seguir..., o dejarte frente a mis perros.

Howard frunció el ceño. Bueno..., no era tan raro que aquella mujer se desmayara. De todos modos, se cercioró, observándole los ojos.

III

ERA cierto: estaba desmayada. EL hombre del

F. B. I.,

dejó caer los párpados, muy bien provistos de largas, negras y brillantes pestañas, y luego se irguió, paseando la mirada por la figura de Fanny. Tras una pequeña vacilación, se dirigió hacia el teléfono, descolgó y disco un número.

Llegó la respuesta:

—Inspector Lovejoy al habla.

—Soy Kellog, señor.

—¿Qué ocurre? Son las doce, Howard.

—Entiendo el reloj. Se trata de lo siguiente: necesito disponer inmediatamente de Upton. Ordénele que venga a mi quinta de la Henry Hudson, con absoluta discreción. Espero que no tarde más de quince minutos. Su misión consistirá en seguir a una mujer, que viste de negro, con pantalones, y es muy hermosa. No sé lo que hará ella, pero Upton ha de averiguarlo; que la siga con cien ojos. ¿De acuerdo, señor?

—¿Tiene relación con lo de Pettygrove?

—Ése es el caso que me tiene ocupado ahora, ¿no?

—Bien, pero...

—Simula ser una ladrona ingenua, pero va bien armada, y sabe llevar las armas. Me parece, además, fuerte e inteligente, y aunque dice llamarse Fanny, estoy seguro de que es oriunda de algún país de la Europa oriental. No puedo jurar que haya relación con lo de Pettygrove, pero...

—Entiendo. Cuelga. Llamo inmediatamente a Upton.

—Bien, señor. Que no se confíe en absoluto. Que se equipe con radio.

—Por supuesto.

Y colgaron.

Entonces, Howard se acercó a Fanny, y se dedicó a quitar la sal de las heridas. Recurrió a los legítimos polvos de sulfamida, y vendó expertamente su muñeca. Estaba terminando el trabajo, cuando ella volvió en sí. Le miró, un tanto asustada, pero la expresión de Howard era tranquila en aquellos momentos.

—¿Te encuentras mejor, Fanny? —inquirió.

—S-sí...

—Lamento haber sido tan brusco. De todos modos, insisto en saber la verdad. ¿Qué buscabas aquí?

—Ya... ya se lo he dicho...

—¿Sabías que soy representante de joyería y que a veces tengo aquí muestrarios muy valiosos?

Ella negó con la cabeza.

—Oh, no... No esperaba tanto —musitó.

—En fin..., no ha ocurrido nada, después de todo...

—¿Va a llamar a la Policía?

Howard sonrió; hizo una mueca luego.

—Tengo que confesarte algo: la presencia de la Policía aquí me resultaría tan molesta como a ti misma. ¿Te sorprende?

—Un poco, sí...

—Voy a darte algo, para que en lo sucesivo no haya más confusiones, Fanny. Éste soy yo.

Había sostenido una tarjeta de visita en la mano, y violentamente la estrelló contra el rostro de Fanny, aplastándole la fina y recta nariz. La tarjeta revoloteó hasta el regazo de Fanny, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Tómala y lee —dijo, secamente, Howard.

Ella, con la zurda, la tomó y vio algo borrosamente, entre lágrimas, la inscripción: «Howard Kellog, representaciones de Joyería Artística».

—Y ahora, largo de aquí.

La agarró de un brazo, la puso en pie, y de un tirón la lanzó hacia la puerta, por calcular que Upton debía estar ya atento a la salida de la mujer. La fue empujando hasta el exterior, y luego hasta la verja de hierro, mientras los perros gruñían, poniendo plomo en las piernas de Fanny, que se encontró en la acera, con la verja de

hierro en las narices, pero suelta, libre, aferrando aún la arrugada tarjeta, con leves salpicaduras de sangre de su propia nariz.

Los perros estaban ladrando detrás de la verja, y Howard caminaba hacia la casa, por lo cual la mujer optó por marcharse.

Howard llegó a la casa, se metió en la salita, y en un vaso escanció una prudente ración de *whisky*. Luego, de un fondo disimulado en el aparador mueble-bar, extrajo un receptor-transmisor, al que colocó en onda correcta. Lo dejó sobre la mesita de centro y se dedicó por entero al *whisky* y a un cigarrillo, a la espera.

La comunicación esperada tardó casi una hora. Howard se apresuró a tomar el aparato.

—A la escucha, Upton —dijo.

—La he seguido.

—¿Sin incidentes?

—Yo diría que no se ha dado cuenta.

—Está bien. ¿Dónde está?

—Se ha metido en una mansión vieja de Chambers Street, junto al barrio latino. Es el número sesenta y seis. Una casa vieja, pero sólida, de una sola planta, y sin vecinos al lado. A la izquierda, un parque, y a la derecha unos almacenes de maderas.

—¿Sabes si hay alguien más en la casa?

—No me he atrevido aún a fisgar. Quería informarte en primer lugar de lo que había. Por cierto, esa dama dio varias vueltas con el coche antes de decidirse a tomar la dirección de Chambers Street. Es un detalle favorable; indica que no me ha descubierto. ¿Quieres que averigüe algo más?

—Déjalo por ahora. Vigila atentamente. Si hay alguien más, le verás salir; o puede que alguien entre... De madrugada, me ocuparé de los relevos para la vigilancia. ¿De acuerdo?

—Bien. Pero ¿qué hay con ella?

—Quiere saber de mí. Y es curioso, porque hasta ahora, en el caso Pettygrove, sólo he tenido contactos con la secretaría de éste. Y, por cierto, estoy recordando un detalle: Yvonne dijo que Aloysius casi la atrapó espiando una conversación entre él y Pettygrove. Yo tengo que pensar que debemos prescindir del «casi». La atrapó, y basta. De ahí que se haya puesto en movimiento. O eso, Upton, o nada.

—Vaya..., entonces, aunque de un modo indirecto, has obligado a la acción.

—Ojalá sea así. Por supuesto, mi idea tiene más base después de conocer a esa Fanny. Es mucho más dura de lo que podamos imaginar, pero estaba demasiado sorprendida... Atento a ella.

—Escucha esto, Howard. Ha podido descubrir que eres agente del

F. B. I.

En la quinta...

—Oh, vamos, Upton, no ignoras mis secretillos... Esa quinta no la utilizo siempre, ni es mi domicilio habitual. Para los escasos vecinos que tengo, y a los que no tengo el placer de conocer a fondo, sólo soy un hombre misterioso; deben pensar bastante mal de mí. Y, ¿sabes?, no creo que se hayan sentido muy curiosos. Lo digo por mis simpáticos bichos «Scorpion» y «Sinister». Alejan la curiosidad, ¿eh?

—Ni los menciones, diablos.

Howard rió brevemente.

—Pues gracias a ellos parece que hemos dado un paso hacia adelante —dijo.

—¿Y cuál será el próximo?

—Hay algo que ignoro, Upton. ¿Pettygrove estaba citado con el F. B. I.?

—No, no. Nuestra actuación permanece en el anónimo. Pettygrove ha estado en el Headquarters de la Metropolitana.

—Perfecto... Pues bien, es posible que me decida a actuar más directamente..., como representante de joyas artísticas. Aunque, en mi opinión, todo el juego que hayamos de obtener será a costa de Fanny.

—De acuerdo en eso, pero no descuides a los demás, ¿eh?

—No. Ni siquiera a Yvonne Gates; una chica excepcional, Upton, de veras. Tengo que enviarle protección. No me gusta que Aloysius la haya descubierto fisgando.

Se oyó un silbidito de asombro.

—¿Hay que almacenar arroz para el día de la boda? —inquirió.

—Mejor que vayas pensando en un buen regalo. Pero si la ves no se lo digas; no quisiera perderme la cara que pondrá, Upton.

—Diablos..., esto no lo esperaba...

—Soy sorprendente, ¿eh?

—Ji, ji... Siempre decías que más bien un tanto animal, ¿eh? Cada vez que se ha casado un compañero, has puesto cara de compasión.

—¿Sí? Bueno... Atiende a esto: para cuando salgas del relevo, te ocupas de enviarme el informe de Aloysius, completo al máximo posible. Lo necesitaré temprano. ¿De acuerdo?

—Sí, Romeo...

—¡Al cuerno!

Y cortó.

Hum... Total, unos ojos verdes, límpidos, ingenuos: una boquita deliciosa; una chica estupenda... Y se sorprendió a sí mismo con una sonrisa, mientras recordaba a Yvonne. Soltó un gruñido y se puso en pie. Lo primero era mandar protección a Yvonne, y lo segundo derruir unas horas. Así que a agarrarse al teléfono, y luego a dormir.

Eran las diez de la mañana cuando Howard Kellog dejaba el coche en un «*parking*» de la Quinta Avenida. Luego, a pie, fue hacia el 860, donde radicaba el negocio de joyería de Pettygrove. Desde la acera estuvo unos instantes contemplando los escaparates, la entrada, haciéndose una idea de la importancia del negocio.

Frunció levemente el ceño, pensando que Pettygrove, para ganarse la vida dignamente, no necesitaba de contrabandos y asesinatos. La joyería estaba enclavada en el centro elegante, parecía bien surtida, y entraba gente, que es lo principal.

Dejó atrás el ruido del tráfico de la Quinta Avenida, repleta de coches y de gente, cuando se metió en el establecimiento.

Bien..., elegante, con empleados gentiles... Una chica se acercaba a él, sonriendo.

—¿Señor?

—Me interesa hablar con míster Pettygrove.

Y le tendió la tarjeta en la que indicaba su falsa profesión. La joven echó un rápido y discreto vistazo, y le pidió que aguardara. Se metió por una puerta, para reaparecer sólo unos instantes más tarde, dirigiendo una sonrisa a Howard, como indicándole que su asunto estaba en marcha.

Así era, puesto que el rostro de Yvonne, tratando de mostrarse

normal, apareció poco después; la joven se acercaba a él, no enrojeciendo por milagro.

—¿Señor Kellog? —inquirió, con un hilillo de voz.

—¿Tanto te impresiono, querida? —musitó, sonriendo, Howard.

—Por favor... Le acompañaré al despacho de míster Pettygrove. Sígame.

Y echó a andar, muy nerviosa, hacia unas dependencias muy modernas. En la antesala estaban los dominios de Yvonne, y enfrente una puerta con un rótulo: «*Mr.* Pettygrove. *Private*». Allí estaban a solas, y Howard besó rápidamente a Yvonne en los labios.

—¿Has dormido bien? —inquirió.

—Ni bien ni mal... —suspiró ella—. Oh, Howard, ¿qué significa esta tarjeta?

—Que lo adivinaste, sencillamente: soy un competidor de míster Pettygrove, pero con malas artes..., aunque te prometí no utilizarlas en esta ocasión.

—No sé, Howard... Espera un momento. Siéntate ahí.

Y ella se metió en el despacho de Pettygrove. Un par de minutos. Salió para indicar a Howard que sería recibido inmediatamente. Howard se introdujo en el despacho de Pettygrove, y le sorprendió el aspecto del tipo. No era bajo, barrigón y viejo. Era un tipo alto, de hombros macizos, enjuto, pero sí medio calvo. Vestía con mucha sobriedad, y parecía no encontrarse en muy buenas condiciones; sus ojos pardos parecían un poco apagados. Tal vez se debiera al reciente e inesperado golpe del asesinato de su esposa, durante su ausencia.

Le recibió simplemente cortés.

—Siéntese, señor Kellog. Su tarjeta no indica la firma o firmas que usted representa...

—Cualquiera es buena, señor Pettygrove —dijo, yendo al grano, Howard—. Tal vez las actuales circunstancias se presten a que represente la suya propia. Le aseguro que conozco bien mi trabajo.

—No le entiendo... ¿Ha venido a visitarme para ofrecirme sus servicios como representante de mi casa?

—Exacto.

—Bien..., no dudo de su eficacia, pero en estos momentos me temo no necesitar de...

—Tendrá que necesitar me, Pettygrove —dijo, secamente,

Howard—. No suelo perder el tiempo. A mí no me impresiona su aire de dolor por la desaparición de su esposa. Supongo que en realidad siente el mismo dolor que un gato que acaba de devorar un kilo de merluza. Yo he olido algo turbio aquí, y... me encantan las cosas turbias; las aguas claras me deprimen, me intimidan también. Me desenvuelvo mejor en aguas revueltas. ¿Cuento con el empleo?

Pettygrove había palidecido. Pero estaba empezando a enrojecer. Parecía ir a levantarse de su asiento, pero dijo:

—Tengo un socio señor Kellog. Debo consultar con él. Dispense un instante.

Lo dijo con toda la calma que pudo reunir, y antes de que Howard pudiera abrir la boca, Pettygrove se puso a discar un número de teléfono. Howard reaccionó a tiempo, e impidió, agarrando la mano de Pettygrove, que éste discara el número de la Metropolitana.

—Cuidado con lo que hace, Pettygrove —dijo, secamente, Howard—. No creo que la Policía sea necesaria aquí.

—Entonces, váyase, Kellog. He soportado bastante.

—Si es capaz de soportar a Aloysius, también puede hacerlo conmigo.

—¿Qué tiene que ver Aloysius con esto? ¿Usted le conoce?

—De antiguo.

—Bien..., eso no me incumbe, Kellog. Usted ha entrado ofendiéndome; si trataba de molestarme, o ha conseguido. Ahora, por favor, déjeme en paz. Su opinión sobre mi dolor importa poco. Le aseguro que no me siento muy predispuesto a las impertinencias, ni a imposiciones de nadie. Váyase, y yo olvidaré este incidente.

Howard esbozó una leve sonrisa. Pero... ¿iba a resultar que Pettygrove era tan honrado e intachable que incluso estuvo a punto de llamar a la Policía? ¿Y el lío de Berlín? Claro..., Pettygrove no imaginaba que en Estados Unidos estuviera el

F. B. I.,

al corriente de sus aventuras por Europa...

—Le invito por última vez a marcharse, señor Kellogg —dijo Pettygrove cansadamente, con un cansancio real.

Howard entendió que, por el momento, no iba a conseguir nada de aquel hombre. Por otra parte, si bien podía presionarle a base del «*affaire*» de Berlín, no quiso mencionarlo, para no dar la

impresión de saber demasiado.

Así que se puso en pie y dijo:

—Seguramente, volveremos a vernos, Pettygrove. Tal vez para entonces haya cambiado de idea.

—Si así fuera se lo haré saber. Buenos días.

Ni le tendió la mano, y Howard, un tanto confundido, salió de allí. Pettygrove no le pareció muy sereno; ni demasiado duro. Estaba hondamente dolorido, no lo disimulaba, y no parecía inquietarle la Policía. En fin..., después de todo, si el

F. B. I.,

había intervenido en el asunto se debía exclusivamente a los pésimos antecedentes de Aloysius, con quien las cosas, seguro, iban a rodar de distinta manera.

Howard salió del despacho de Pettygrove, tropezando inmediatamente con la mirada de Yvonne, interrogativa, y con expresión de alarma. Se acercó a ella, sonriendo levemente.

—Toma nota de todas las visitas que reciba hoy Pettygrove, nena —dijo—. ¿De acuerdo?

—Sí. Pero ¿qué ha pasado ahí dentro?

—Nada de particular. ¿Qué haces?

—Cartas... Son confirmaciones a las visitas efectuadas por míster Pettygrove a esas casas europeas.

—Va... ¿Hay alguna dirigida a Franz Junger, de Berlín?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes? —inquirió, con los ojos redondeados, Yvonne.

—Un buen chantajista ha de saber muchas cosas, querida...

—Por favor, Howard...

—Dime, ¿hay algo especial en esa carta?

—¿Especial? No... Lo mismo que en las otras. Con un modelo escribo a todas las firmas visitadas.

—Ya. Es natural. En fin, ya tendrás noticias mías, posiblemente esta noche.

—Howard..., ¿qué hiciste ayer, al dejarme?

—No vas a creerlo, pero me dediqué a una buena acción. Hallé a una persona accidentada, y estuve muy ocupado prestándole auxilio. Y hasta pronto, querida. Míster Pettygrove creo que no tiene muy buena opinión de mí, y si sale no le gustará verme contigo.

Se inclinó, la besó en el esbelto cuello y se largó, con zancada rápida y elástica, aunque se volvió un instante, para mirar las rodillas de Yvonne, por debajo de la mesita metálica. Luego, desapareció. Una vez en la calle, se dirigió hacia su coche, rememorando las señas de Aloysius: calle Catorce Este, junto a la Tercera Avenida. El número 180. Ático. O estudio.

Se metió en el coche, lo puso en marcha, y rodó hacia el Sur, en busca de la calle Catorce.

Poco más tarde, ya fuera del coche, se acercaba al edificio donde vivía Aloysius, ocupando el ático. Hum..., bonita zona. El edificio no era muy alto, y había jardín, espacio vital, en torno.

Howard se metió en el edificio, luego en el ascensor, y una vez en el ático se cercioró de que todo estaba en orden; la automática lista para entrar en acción, y su memoria en buenas condiciones, recordando el informe facilitado a primera hora de la mañana por Upton.

Llamó, y esperó unos instantes.

IV

AQUÉL era James Aloysius. Un tipo espigado, de treinta y siete años, moreno, con el cabello muy largo para el gusto de Howard. Sus patillas eran anchas y pobladas, y el bigote asqueroso, con las guías demasiado largas. Vestía un simple jersey, unos pantalones y sandalias. Parecía estar trabajando.

Su mirada azul fría recorrió rápidamente el rostro de Howard, que permanecía en el umbral, sonriente.

—Bueno, Jimmy, ¿qué pasa? ¿No me recuerdas? Soy Kellog.

Aloysius, desconcertado, iba a estrechar la diestra que estaba tendiendo Howard. Le sorprendió la brusca acción del hombre del F. B. I.,

quien imprimió un nuevo cambio a su diestra, estrellando el puño contra el estómago de Aloysius. Luego le asestó un tremendo puñetazo en la barbilla, derribándole, aturdido.

Tranquilamente, Howard cerró la puerta del estudio, y mientras Aloysius sacudía la peluda cabeza, el federal observó aquel diminuto apartamento, con dos piezas y servicios, con mucha luz, y sol, cuando lo permitía la bruma del río. Además, estaba situado de espaldas al jardín infantil, con lo que Aloysius se aseguraba el silencio para concentrarse en su trabajo.

Aloysius se estaba incorporando, y Howard se acercó, ayudándole. Y dijo, con una sonrisa:

—Ya sin rencor, Jimmy. Supongo que estás sorprendido, pero me lo debías desde hace unos años, en Río. Tú pasaste cinco años en la cárcel, pero yo tuve que volar, perdiendo una fortuna. En fin..., las cosas no me han ido rodando demasiado bien, y siempre que tengo un amigo cerca, recurro a él.

Aloysius, sin despegar los labios, había caminado hacia la pieza

que utilizaba como estudio. Desorden, papelotes, dibujos, libros de arte antiguo y moderno, abundando los primeros... En un tablero había una fotografía a todo color, de gran tamaño, que mostraba la joya egipcia, el broche con Isis de rodillas, con un símbolo en cada mano, y unas alas desplegadas. Aloysius estaba copiando el dibujo, para familiarizarse con él.

—Siéntate, Jimmy —dijo Howard—. Parece que no me recuerdas.

—No le he visto antes...

—Demonios..., es cierto. Uno siempre olvida cosas importantes. Resulta que yo, por entonces, me llamaba Hardin, Bill Hardin, y procuraba dar la cara lo menos posible. Oh, veo que empiezas a recordar algo, ¿no, Jimmy? Cuando te atraparon con los brillantes, perdí mucho dinero...

—¿Usted es... Hardin? —musitó Aloysius.

—¿Te parece mal?

—Le creía más viejo... Eso es todo.

—Siempre me distinguí por mi precocidad —sonrió Howard—. En fin... Llevo algún tiempo en Estados Unidos, y vivo como puedo. He sacado adelante algún asunto, pero nunca he vuelto a vivir como antes, en Río. Tal vez ésta sea una oportunidad para mí, ¿eh, Jimmy?

—Yo no...

—Aguarda, aguarda... Oye, no me digas que no tienes por aquí ni una cochina botella de *whisky*.

—Sí... Ahí, en ese armario. Ya voy yo.

—No, hombre, no te muevas.

Howard fue hacia el armario, lo abrió, y mientras tomaba la botella echó un vistazo al interior. Nada importante; material, fotografías, papeles que amarilleaban... Tomó la botella y dos vasos, y se acercó a Aloysius. El tipo estaba con media nalga en el único sillón del estudio, sin dejar de mirar a Howard, y éste se sentó en el taburete de trabajo de Aloysius, escanciando *whisky* en los dos vasos. Tendió uno a Aloysius y se reservó el otro, bebiendo un trago.

—A lo que íbamos, Jimmy —dijo Howard—. El otro día leí en el periódico que habían apuñalado a una elemento de buena clase, y, lo que son las cosas, tu nombre figuraba como relacionado de algún

modo con ella. Me dije: «eso es cosa del granuja de Jimmy».

—Mire, Hardin, no estoy para disparates...

—Hablo yo, Jimmy —dijo, con una sonrisa torcida, Howard.

—Mire..., si lo que quiere es sacarme dinero por lo de Río, tengo que decirle que puesto que pagué con cárcel, no...

—Tal vez míster Pettygrove ignora ciertas cosas de tu vida, ¿eh? No interrumpas. Límitate a escuchar. En primer lugar, no tengo por qué creer que has cambiado de vida. Ya me entiendes, ¿no? Es como el que nace cojo; se queda cojo durante el resto de sus días. Tú y yo hemos nacido con algo peor que una simple cojera. En fin..., yo digo que si tú le estás sacando jugo a algo, yo... podría beneficiarme un poco. No voy a exigir grandes cosas, hombre, no congas esa cara. Me metes en tu organización, y en paz. Ya sabes que sirvo para estas cosas.

—He cambiado, Hardin. Ahora...

—Llámame Kellog. Me he familiarizado con ese apellido.

—Como quieras, Kellog. Insisto: no he vuelto a dedicarme a nada sucio desde entonces.

—Ah, ¿no? Pues se puede empezar ahora, ¿no crees?

—Estoy bien así.

Howard se puso en pie, estrechando furiosamente el vaso con su diestra. Estaba rodando por el fracaso, y no podía estar más claro que entre Pettygrove y Aloysius se cocía algo importante y sucio. No había forma de entrar de un modo directo en el asunto, ni tampoco era cosa de liarse a bofetadas, poniendo al descubierto la labor del

F. B. I.,

que si bien lenta y sorda, hasta el momento parecía bien encaminada. Pegarle una tremenda paliza a Aloysius no conduciría a nada satisfactorio; sólo al placer de romperle la cara a un miserable, pero eso era sólo un placer relativo, si se le comparaba con el de verle treinta años entre rejas, o, quizá, en la cámara de gas de

Sing-Sing.

—Jimmy, necesito dinero —gruñó Howard.

—¿Quién no, en estos tiempos?

Howard meneó la cabeza. Estaba perdiendo la baza, dado que Aloysius estaba cobrando seguridad en sí mismo.

—Puedo ser molesto y peligroso, Jimmy —dijo Howard—. Eso, es claro, si me tienes enfrente, y no a tu lado. Pienso obtener algo de este asunto. Puedo perder mi tiempo como me dé la gana, y hasta es posible que me decida a obtener pruebas de tu intervención en la muerte de esa dama. Nadie te lo agradecería, ¿eh?

Aloysius cruzó los brazos sobre el pecho. Miraba, impasible, a Howard.

—Puesto que tienes tiempo disponible, busca otro asunto, Kellog. Yo no puedo perderlo estúpidamente. Tengo trabajo. Trabajo mucho.

—Es increíble... ¿A qué te dedicas?

—Mi fuerte es el dibujo, y la reproducción de obras de arte de orfebrería. Me defiendo bien con eso.

—Decepcionante, querido Jimmy... Tienes en tus manos la fortuna de ese Pettygrove, y...

—Tómalo como quieras, Kellog. Si no crees que yo he cambiado, puedes pensar que los tiempos sí son distintos. Aquella época pasó.

—Sí... Así que no hay nada para mí.

—Lo siento, Kellog. Ahora, lárgate; debo concluir un trabajo urgente. Tengo que ir a los talleres de míster Pettygrove, y dedicarme a reproducir con materiales cuatro docenas de una joya antigua. Oh, no vayas a creer que queremos engañar a nadie. Es una serie de reproducciones autorizadas. Propaganda de la firma Pettygrove. En fin, cosas de un negocio honrado, que no te interesan.

—No debe ser tan limpio, cuando se ha cometido un crimen.

—Lo de la señora Pettygrove, ¿no? Bueno, ¿qué quieres que te diga? Yo nunca me he metido en la vida privada de los Pettygrove. Allá cada uno con sus líos.

—Claro... Leí que míster Pettygrove estaba en Europa cuando lo de su mujer. Viaje de negocios. ¿Tienen algo que ver con esas reproducciones?

—Sí.

—¿A cada joyero visitado le enviáis una muestra?

—Supongo. Yo soy sólo un empleado, Kellog. La forma de llevar el negocio es cosa de Pettygrove.

—Me negé trabajo hace sólo una hora —sonrió Howard.

Aloysius apretó levemente los labios.

—¿Estuviste allí? —Gruñó luego.

—Fui directamente; no quería comprometerte.

—Ya... Así que vas de chapuza en chapuza, fracasando, ¿eh? Tus intentos de chantaje, tus... glorias pasadas. Ya ves que los tiempos cambian, Kellog; nada es como antes. De todos modos, no es agradable ver en esta situación a un antiguo compañero... ¿Te interesa un trabajo honrado?

Howard rió irónicamente.

—¡Claro que sí...! Un trabajo honrado... Cuanto más, mejor.

—Lo digo en serio —gruñó Aloysius.

—¡De acuerdo, hombre, un trabajo honrado!

—Está bien, vete ahora. No puedo perder más tiempo contigo. Ya te llamaré, si me das tus señas.

Howard extrajo una de sus tarjetas y la entregó a Aloysius.

—Estaré esperando tu llamada —dijo.

—Hasta entonces, Kellog.

Y le acompañó hasta la puerta del estudio, despidiéndose con muy escasa cortesía. Howard, no muy satisfecho de lo conseguido, puesto que era muy fácil que esperase en vano la llamada de Aloysius, bajó a la calle, pensando en Fanny, y en que Yvonne tuvo que ser sorprendida por Aloysius... En realidad, Upton había dado en el clavo: todo dependía de lo que hiciera Fanny.

Ya en su coche, el hombre del

F. B. I.,

utilizó la radio para ponerse en contacto con Upton, cuya respuesta no se hizo esperar:

—Al habla Harley.

—Yo, Upton. ¿Noticias?

—Voy recibiendo informes, Howard, pero siempre el mismo: Fanny no se mueve de la casa.

—¿No existe la posibilidad de que utilice una salida distinta a la principal?

—He pensado en eso, y Bracken, el de turno, está con los ojos bien abiertos. ¿Cómo te ha ido con Pettygrove y Aloysius?

—Mal.

—Vaya... ¿Y ahora?

—Tienen que ser vulnerables por algún punto, Upton. Por lo pronto he perdido bastante interés por míster Pettygrove; me

interesa bastante más Aloysius. En fin, seguid atentos a Fanny. Si ella se nos escurre, Upton, habremos perdido un asidero que parece bastante bueno. ¿Comprendido?

—Sí, claro.

—Corto.

Guardó el aparato y se echó hacia atrás en el asiento del coche, encendiendo un cigarrillo. Desde aquella posición veía perfectamente la salida del edificio en que vivía Aloysius, y era de esperar que éste, en cualquier momento, realizara alguna maniobra sospechosa. Fanny y Aloysius constituían, cuando menos, parte de la clave de aquel asunto. Era de esperar que no sospecharan la intervención del F. B. I...

Fumó un par de cigarrillos, antes de ver a Aloysius aparecer en la calle, vistiendo un exótico traje, de chaqueta larga y cruzada, pantalón de borde acampanado, oscuro, y un jersey rojo de cuello alto. El hombre del

F. B. I.,

esperó a ver en qué coche se metía Aloysius, pero frunció el ceño al ver que tipo pensaba ir a pie a donde quiera que se dirigiese.

Por un instante, pensó que sería mejor seguirle a pie, pero optó por último por seguirle con el coche, hasta donde pudiera llegar.

Lo puso en marcha, entorpeciendo el tránsito con la lentitud de su vehículo, y muy pegado a la derecha; era un contratiempo, pero había observado que Aloysius vigilaba si era seguido, y no quería arriesgarse a ser visto. De ser descubierto, por muchas explicaciones que diera a Aloysius, era seguro que ninguna resultaría convincente.

Llegaron hasta la calle Veinte, esquina a Unión Place, donde había unas galerías atestadas de comercios y bazares; una especie de laberinto comercial, con varias entradas y salidas. Fue cuando el agente del

F. B. I.,

dejó el coche, mal estacionado incluso, y corrió hacia las galerías, donde había visto meterse a Aloysius.

Entró por la misma puerta, y soltó un suspiro al verle caminando como distraído, como si no tuviera otro objeto que mirar los escaparates de los bazares.

Howard tuvo que recurrir a toda su técnica persecutoria para no ser descubierto.

Y cuando ya pensaba que Aloysius iba a salir de las galerías, sin que nada hubiese ocurrido, sucedió algo que sorprendió, pese a estar esperando algo parecido, a Howard Fue como una especie de tropezón de Aloysius con un tipo. Ello resultaba muy fácil en aquellas galerías, atestadas de gente. El tropezón, en sí, no tenía importancia, pero sí el hecho de que después del encuentro Aloysius llevase en la mano un pequeño paquete del que no era portador momentos antes; un paquete que le cabía en el bolsillo, y lo introdujo en él.

Fue cuando el interés de Howard se centró en el otro hombre, y pudo verle caminar rápidamente, por entre la gente, sorteándola, en dirección a una de las varias salidas de las galerías.

Howard se dio prisa en llegar allí, pero se detuvo, furioso, desconcertado, al observar que el tipo se había esfumado. Anduvo de un lado a otro, salió un par de veces a la calle por distintas salidas, pero todo inútil: el tipo se había esfumado. Y, mientras Aloysius se dirigía hacia el taller de la joyería

«Pettygrove's»...

¿O no?

De pésimo humor, regresó a su coche.

Tras reflexionar unos instantes, llegó a la conclusión de que no iba a ser aquella vez la última que viera a aquel nuevo elemento de una organización que se estaba revelando como muy compleja. Le recordaba bien. Un tipo de gruesa complexión, vestido con abrigo azul fuerte; unos cuarenta años, canas, rostro redondo y moreno... No le olvidaría.

Extrajo la radio y comunicó con la Delegación.

—Inspector Lovejoy al habla.

—Kellog. Interesa ejercer vigilancia sobre Aloysius. Parece ser que en estos momentos se encuentra en el taller de joyería de Pettygrove. Confirmen eso. De ser así, la vigilancia debe ser drástica, prudente. Si Aloysius no estuviera en el taller, le ruego que me avise inmediatamente, señor, puesto que eso podría aconsejar el inicio de una acción directa. Tenemos elementos donde hincar el diente, pero una corta espera no nos perjudicaría. Es todo. Corto.

V

ME temo que esta noche no podrá ser, nena.

—¿Cuándo entonces, Howard?

—Mañana, ¿eh?

—Está bien... Un beso, Howard.

Y ambos colgaron el teléfono. En la salita de su quinta, Howard estaba en pie ante el teléfono, meditando. Aquella llamada de Yvonne había sido mera información sobre Pettygrove; ninguna visita aquel día, y se había retirado temprano a su casa, en la Cuarta Avenida.

Anteriormente, Howard había recibido una noticia de Upton, desagradable también: Aloysius había pasado el día en el taller. Salió más tarde de las ocho, y el agente que le seguía le perdió de vista. En aquellos momentos se estaba averiguando si Aloysius estaba en su estudio de la calle Catorce.

Y, mientras, Howard empezaba a desesperar de que se produjera la prometida llamada de Aloysius, para hablar sobre un trabajo «honrado».

Howard miró el reloj: las nueve y cuarenta minutos. Se fijó un plazo máximo de veinte minutos; las diez, como límite de espera. Si Aloysius no llamaba, intervendría rápidamente sobre Fanny, y sobre Aloysius, si era localizado en su domicilio o en otro cualquier punto. Inició el último plazo de espera fumando un cigarrillo.

Las diez.

Howard, furioso, contemplaba su reloj.

De súbito, se puso en pie. Fue hacia su cuarto, abrió el «closet» y eligió un traje oscuro y jersey negro, de cuello alto. Se cambió, se ciñó la funda bajo la axila izquierda, examinó la automática... Todo en perfectas condiciones. Aparte, una idea que había penetrado con fuerza en su mente. Si había que actuar directamente ya, sin rodeos,

sin camuflajes, se podía empezar por algo importante.

Apagó todas las luces y salió al exterior; fue al garaje, sacó el coche y rodó hasta la verja; se apeó para abrirla, y luego, aunque la vigilancia de los mastines era más efectiva que cualquier llave, salió del coche para cerrar la verja, con los cerros delante, gimiendo, al ver partir a su amo.

—Atentos, ¿eh? —Gruñó Howard.

Y fue entonces cuando ocurrió, sin que los perros pudieran intervenir, puesto que del lugar de la acción les separaba la verja de hierro, y sus ladridos, sólo sus furiosos ladridos, no intimidaron a los dos tipos que, por sorpresa, se abalanzaron sobre el hombre del F. B. I.

Uno de ellos lo hizo por detrás, con la idea fija de hacer una presa de cuello a Howard.

Consiguió pasarle un brazo por el cuello, pero el tipo chilló, entre el descomunal escándalo de los mastines, cuando Howard, antes de que el tipo que estaba delante pudiera atacarle, agarró el brazo izquierdo del que estaba cargado sobre su espalda, y realizó un brusco movimiento de torsión. No llegó a oírse el chasquido del hueso dislocado o roto, porque el tipo prefirió volar de espaldas contra la verja de hierro; un batacazo era mucho más soportable que un hueso roto.

Y voló, pero no contra la verja, sino contra su compañero, que al observar la fulminante reacción de Howard había empuñado su pistola. Fue un momento de desconcierto para los dos atacantes del hombre del

F. B. I.,

ya que al fracaso de la sorpresa se unía el enervante ladrido de los perros, que arañaban el hierro y se abalanzaban ferozmente contra la puerta.

Howard, sereno, había saltado hacia los dos hombres, y cuando el primero empezaba a incorporarse, con la pistola a mano, le asestó un puntapié en la muñeca, arrebatándole el arma; luego, le agarró por los cabellos, le puso en pie de un tirón y de un puñetazo en el estómago le dejó doblado, para mandarle de nuevo contra la verja, de espaldas, de un directo en la frente.

El otro, con la pistola en la mano, jadeaba.

—Quieto..., quieto...

Howard entendió de un modo relampagueante, no parecían dispuestos a matarle, lo cual significaba una ventaja apreciable, que aprovechó debidamente, alargando la zurda, desviando el arma de aquel hombre, que había vacilado visiblemente, sin decidirse a apretar el gatillo. Tras desviarle la pistola, le asestó un punterazo en el rostro.

Howard se sentía furioso, puesto que ninguno de sus golpes era definitivo, y los dos hombres encajaban bien; se recuperaban casi instantáneamente de los puñetazos y volvían a la carga. Y otra de las cosas que observaba el hombre del

F. B. I.,

era que los dos tipos no parecían capaces de pertenecer a organización alguna importante.

Bien..., es corriente. A veces, gente importante, para no comprometerse, utilizaba pegadores procesionales, a los que dan muy pocas explicaciones; en todo caso, más billetes que explicaciones. Y eso puso aún más furioso a Howard.

Le pareció que el que había recibido el puñetazo en la frente estaba en peores condiciones, y se lanzó hacia él, para amagar un golpe en el rostro, pero con un giro soberbio le colocó un codazo en el hígado, y aquella vez sí le dejó fuera de combate, con el rostro de un color verde amarillento sin respiración. Luego, Howard, rápidamente, sin que el otro pudiera evitarlo, aunque había saltado sobre su espalda, abrió la verja.

Los dos mastines dejaron de ladrar, y los sonidos de su garganta resultaron en verdad algo espeluznante; algo que aterría, que helaba.

Un gesto brusco de Howard hizo saltar por encima de su cabeza al tipo que tenía sobre la espalda. El hombre tuvo la mala fortuna de caer entre los mastines, pero Howard fue rápido en su orden:

—¡Quieto, «Sinister»! ¡Quieto! —gritó—. ¡«Scorpion»!

Cada perro estaba frente a un hombre.

Les brillaban los colmillos; sus gargantas emitían unos feroces sonidos, aterradores.

Howard, un tanto jadeante, miró a los dos tipos, y gruñó:

—Entrad.

Obedecieron, en silencio, sin dejar de mirar a los perros.

Una vez en el interior, Howard les obligó a caminar hacia un rincón del jardín.

—De espaldas —ordenó Howard.

Los dos hombres, sin despegar los labios, siguieron obedeciendo. Howard les registró, sin hallar más armas en su poder, lo cual aseguraba la efectividad de los mastines. Howard no quería perder mucho tiempo con aquellos tipos, pero podía necesitarlos a su regreso. De todos modos, no podía marcharse sin hacerles un par de preguntas, cuyas respuestas podían tener mucho sentido.

—¿Quién os envió? —inquirió.

Tras un débil carraspeo, uno de los tipos dijo:

—Un desconocido... No va a creerlo, pero...

—¿Por qué no? Lo imaginaba, en realidad —rezongó Howard—. Sin embargo, mi impresión personal sobre vosotros, y mi credulidad de estos momentos, puede que no sea definitiva. Os vais a quedar aquí, vigilados por los perros. Si queréis seguir viviendo, no os mováis. Permaneced completamente quietos, ¿comprendido?

El silencio significaba que sí.

Los perros no parecían muy contentos.

—Ahora, la segunda pregunta: ¿qué debíais hacer conmigo?

—Conducirle a Vestry Street, debajo del puente de autobuses. Allí, no sabemos quién, aunque suponemos que el hombre que nos pagó, le recogería, y nuestro trabajo habría terminado. Bien..., si no llegamos a tiempo, lo más probable es que jamás volvamos a verle.

—¿Cómo era el tipo?

—Parecía bastante viejo; un tipo raro...

—Caracterizado, claro —rezongó Howard—. Y lo último que quiero saber: ¿os dijo que había perros peligrosos aquí, y que debíais esperar que yo estuviera fuera para atacarme?

—Sí..., eso es cierto; nos advirtió...

Howard sonrió secamente. Lo de los perros lo sabía Fanny, y como su relación con Aloysius parecía lógica, éste también lo sabía. Y, por consiguiente, toda la organización.

—Está bien —dijo—. Recordad mi consejo.

Sin más, se dirigió hacia la salida. Aquella vez, sin incidentes, pudo meterse en el coche, ponerlo en marcha por la discreta avenida, muy amplia y poco transitada en aquellos momentos. Tomó la radio y buscó comunicación con el inspector Lovejoy, quien se puso inmediatamente al habla.

—Te escucho, Howard.

—Hay dos tipos en mi quinta, vigilados por «Scorpion» y «Sinister». Ambos tenían la misión de conducirme a Vestry Street, bajo el puente de autobuses, donde espera para recogerme un tipo caracterizado de viejo; un tipo raro, cabello blanco... Creo prudente hacer dos cosas. Una: ir a Vestry Street, por si hubiese posibilidades de sorprender a ese tipo. Dos: ir a mi quinta, y observar si alguien se acerca para averiguar lo ocurrido. No se moleste por esos dos hombres, señor, puesto que mis mastines no les dejarían dar un paso.

—Comprendido, Howard. Nos moveremos en ese sentido.

—Bien. ¿Noticias de Aloysius y Fanny?

—Aloysius sigue sin poder ser localizado. ¿Crees que puede ser el tipo caracterizado?

—No sé. ¿Y Fanny?

—Lleva veinticuatro horas sin salir de su casa.

—Puede parecer extraño, pero es posible que tenga algo de temperatura. Fue atacada por «Scorpion», y tiene cuatro huellas de colmillos. De todos modos, puede que me ocupe pronto de ella. Es importante que se intensifique la búsqueda de Aloysius.

—Sí... Fue mala suerte perderle de vista.

—Y es todo por ahora. Conviene darse prisa por si fuese posible encontrar aun esperando al tipo caracterizado.

—Entonces corto Howard.

Se cortó la comunicación, y Howard apretó a fondo el pedal del gas, dispuesto a atravesar de Oeste a Este Manhattan, a la máxima velocidad posible, en dirección a la Cuarta Avenida, número 980, donde tenía su domicilio particular míster Pettygrove. Fue cuestión de diecisiete minutos llegar a la vista de la casa de Pettygrove, una de esas mansiones de planta y piso, con escalinatas imitación de mármol y barandas de hierro.

Había un ventanal que arrojaba luz a través de unas cortinas, y Howard, sin perder el tiempo, subió las escalinatas y apretó el zumbador. Medio minuto más tarde, una mujer vieja, con cara de haber llorado mucho y que llevaba su uniforme de doméstica con mucha dignidad, abrió la puerta.

—¿Señor? —musitó.

—Buenas noches. Es importante que hable con míster Pettygrove.

—Está muy cansado...

—Lo comprendo, señora, pero es imprescindible. Anuncie al
F. B. I.

—¡Oh! ¿Saben ya algo sobre el incomprensible asesinato de la señora?

—Esperamos resolverlo pronto.

—Ojalá... Ella era buena, digna... Pase, señor. Espere un momento, por favor.

Howard se encontró en el interior de una casa con aire de tristeza. Se notaba inmediatamente que faltaba algo; una mujer, sin duda. Todo era silencio allí. Silencio y lágrimas de la vieja criada, que se movía sin producir el menor sonido sobre las alfombras. Era una casa bien decorada, con cierta alegría, pero..., sí, cada vez se acentuaba más la impresión de tristeza, a causa de una ausencia.

Regresó la criada.

—Míster Pettygrove le recibirá ahora mismo, señor. Acompañeme.

Howard la siguió, y poco después penetraba en el imponente despacho de míster Pettygrove, que seguía con el rostro pálido, con los ojos pardos desconcertados aún, como si no pudiera creer lo ocurrido. Vestía un batín, zapatillas, y estaba en un sillón, desmadejado, pero se puso en pie, furioso, al ver a Howard.

—¡Usted! Pero... ¿qué pretende con...?

Howard cerró la puerta y se acercó a Pettygrove.

—Cálmese, míster Pettygrove —dijo, gravemente—. Vea mi identificación.

—Es una fotocopia...

—Que voy a quemar en cuanto usted esté convencido de que pertenezco al

F. B. I.

—Bien...

—Si quiere confirmarlo, puede llamar al inspector Lovejoy.

—No, no... Perdona mi desconcierto.

—Síntese, señor Pettygrove.

El hombre se sentó, observando los movimientos de Howard, quien extrajo el encendedor y aplicó la llama a una punta de la fotocopia, que se evaporó, dejando apenas un diminuto rastro. Luego, Howard se sentó frente a aquel hombre. Antes de que

Pettygrove empezara a formar el montón de preguntas que se le estaban ocurriendo, Howard dijo:

—En primer lugar, debo decirle que nos ha interesado ocultar la intervención del

F. B. I.,

en este asunto. La muerte de su esposa quedaba fuera de nuestra jurisdicción, pero buscando informes para la Metropolitana, dimos con Aloysius, antiguo contrabandista de brillantes. Parece ser que no ha abandonado sus actividades.

Pettygrove palideció aún más. Meneó la cabeza.

—No es posible... ¿O utiliza mi casa para...?

—Eso es lo que sospecho, señor Pettygrove. Puedo pecar de ingenuo al confiar en usted, pero... esa ingenuidad mía sería un arma de doble filo. No pretendo amenazarle, comprenda. Sólo explicar mi actitud. He decidido actuar abiertamente, y el

F. B. I.,

espera su colaboración.

—Dios mío... Pero Aloysius jamás ha...

—Permítame que le explique algo, y luego le haga unas preguntas, señor Pettygrove. Por lo pronto, a usted le fueron seguidos los pasos en Berlín, puesto que entró en tratos con un tal Franz Junger, a quien nuestros servicios en el exterior están vigilando, por contrabando; por sospechas, que se están concretando. Bien: al entrar usted en escena, fue seguido, y uno de nuestros enlaces resultó muerto. Por consiguiente, debe entender por qué, hasta ahora, ha sido considerado como sospechoso de contrabando.

—Pero... yo no maté a nadie, se lo aseguro... Yo iba a lo mío, a mi negocio... Visité a Franz Junger, sí, pero sólo porque estaba en lista, como otros...

—A eso iba, señor Pettygrove, a la lista. ¿Quién le proporcionó esa lista de posibles futuros clientes?

—Aloysius... No me extraña, puesto que es un hombre muy introducido en joyería; muy capaz, muy...

—No lo dudo. Sus... conocimientos de joyería le costaron cinco años de prisión en Río de Janeiro. Regresó aquí, pareció paralizarse en sus actividades de contrabando, pero... estamos llegando a la conclusión de que no es así. Aloysius, señor Pettygrove, utiliza la

firma de usted, el prestigio de su casa, para sus negocios sucios. Veremos cómo.

Pettygrove parecía incrédulo. Aquello se sumaba a su dolor, dejándole en un estado de estupefacción del que parecía muy difícil que consiguiera salir.

—Kellog..., pero ¿qué material negocia ilegalmente Aloysius?... No lo entiendo. Yo, personalmente, controlo la mercancía...

—¿Y los envíos?

—Bueno..., en los talleres se realiza el embalado de los paquetes; ya sean muestras, o ventas en firme... El empaquetado no es cosa de Aloysius, por lo cual dudo mucho que exista ese contrabando utilizando mi casa...

Aquello desconcertó un poco al hombre del
F. B. I.

Bien, diablos, era lógico que Aloysius no se ocupase del empaquetado. Podía utilizar otro medio, u otro lugar...

—Además, ¿qué tiene que ver todo esto con la muerte de Gladys? —inquirió míster Pettygrove.

—Pudo descubrir alguna, maniobra extraña de Aloysius.

—Tal vez...

—¿Su esposa intervenía en el negocio, señor Pettygrove?

—Bueno..., de un modo un tanto especial. Tenía sensibilidad artística, y solía hacer sugerencias a Aloysius.

—Por tanto, existía una relación. Pudo sorprenderle.

—Si estaba haciendo algo extraño..., pudo, sí... —musitó Pettygrove.

—Bien, es un motivo para matarla. Vayamos al punto anterior, a la lista de clientes. Aloysius le proporciona a usted los nombres de personas a visitar. Muy bien. Entre ellas, incluye a contrabandistas. No podemos saber ahora si uno o veinte; pero usted ha trabado contacto con uno, al menos. Eso, y los antecedentes de Aloysius, han determinado la intervención del

F. B. I.

Bien..., ahora quiero pedirle un favor.

—Si puedo complacerle...

—Creo que es sencillo. ¿Puede acompañarme a sus talleres? Pettygrove pestañeó.

—Bien..., claro que sí. Pero, diga, ¿qué espera encontrar allí?

Howard se reservó el dato de que aquella mañana un hombre había dejado en manos de Aloysius un paquete. Por tanto, sólo dijo:

—No estoy seguro, señor Pettygrove; pero me parece interesante un vistazo. Tal vez viendo el medio donde se desenvuelve Aloysius, pueda llegar a alguna conclusión.

—Ya... No obstante, si tan seguros están de la culpabilidad de Aloysius, ¿por qué no le detienen?

—Hay un par de inconvenientes —sonrió, algo torcidamente, Howard—. Primero: no existe una seguridad absoluta, aunque, ciertamente, podríamos molestar a Aloysius, de proponérselo. Segundo: hay que encontrar a Aloysius, antes de detenerle.

—¿Encontrarle? ¿No está en su casa?

—No. Le perdimos de vista esta noche, cuando salió del taller. ¿Tiene usted alguna idea de su paradero?

—No..., lo siento.

—No importa.

—Voy a vestirme, Kellog. Me reúno con usted antes de cinco minutos, y giraremos esa visita a los talleres. Oiga..., si en mi casa está ocurriendo algo, yo... En fin, espero que se convenzan de que soy inocente. Todo eso de Berlín, de Franz Junger... Es increíble...

—No se preocupe, señor Pettygrove. Precisamente, la principal misión del

F. B. I.,

consiste en separar al inocente del culpable. Por favor, no se demore mucho.

—No.

El hombre salió apresuradamente del despacho, dejando solo a Howard, quien, en el último instante, desistió de un registro.

VI

A la vista del recinto de los talleres de la joyería de Pettygrove, el hombre del F. B. I., se felicitó por haber solicitado el concurso del propietario, puesto que de lo contrario hubiese tenido qué salvar muchas dificultades; un sistema de alarma y un vigilante armado, con la debida autorización, recabada por el propio Howard, ante el silencio de Pettygrove.

Se entraba al taller por una puerta de la calle Cincuenta y Nueve, y las dependencias comunicaran con la exposición y venta de joyas. Los talleres no eran muy grandes, y la mayor parte estaban ocupados por fotografías y dibujos a gran escala, con bancos, instrumentos de precisión, cajas fuertes para los metales y piedras preciosas... En suma, un complejo normal en un negocio importante de fabricación, exposición y venta de joyas.

El vigilante se llamaba Joe Copper, y miraba con cierto respeto al hombre del

F. B. I.,
quien inició las preguntas:

—¿Cuándo empieza su turno, Copper?

—A las siete, señor.

—Por tanto, cuando usted entró de servicio, Aloysius estaba aún en los talleres.

—Así es.

—¿Se interesa usted por los trabajos que se realizan?

—En cierto modo... Pero lo que prefiero es ver trabajar a míster Aloysius. Le considero con una predisposición especial. Y gran capacidad de trabajo. Ha terminado hoy una docena de broches

que... Bueno, eso lo sabe mejor el señor Pettygrove.

Howard miró a Pettygrove.

—¿Ya tienen dispuesta para el envío como propaganda una docena de reproducciones de Isis alada, arrodillada, con un símbolo en cada mano?

—Sí... Eso me dijo por teléfono Aloysius. ¿Cómo sabe usted...?

—El

F. B. I.,

procura informarse ampliamente, señor Pettygrove. Me interesa ver esas reproducciones, ya terminadas.

Míster Pettygrove meneó la cabeza.

—Están ya en sus estuches correspondientes, y embaladas —dijo.

—¿Y enviadas, quizá?

—No. No hubo tiempo.

—Bien... Hay dos fórmulas para que el

F. B. I.,

vea esas reproducciones, señor Pettygrove. Una: su cooperación personal. Dos: un mandato judicial. Puesto que hasta ahora usted se está mostrando comprensivo, espero que no haga perder el tiempo al

F. B. I.

El vigilante estaba con los ojos muy abiertos. Pettygrove, evidentemente perplejo. Lo más notorio el cambio experimentado por Howard Kellog, en todo momento cortés, pero incisivo, al grano. Nada tenía que ver con el cínico que le había vitado aquella mañana.

Pettygrove asintió con la cabeza.

—No le haré perder el tiempo, señor Kellog —dijo.

—Se lo agradezco...

—Vayamos a la sección de embalaje. El envío de la primera docena de reproducciones está programado para mañana a primera hora.

Echaron a andar, seguidos por el curioso Copper. El hombre del

F. B. I.,

le miró, y dijo:

—No hace falta que se moleste en acompañarnos. Siga con lo suyo, Copper.

El tipo tuvo que encogerse de hombros y ver como el del F. B. I., y Pettygrove se metían en la sección de embalaje. Nada voluminoso había en ella, por supuesto. Era un lugar limpio, pequeño, con el material propio de su cometido. Las doce cajitas conteniendo la muestra de propaganda, ya empaquetadas, lacradas, anotado el destino, y todo listo en suma, estaban sobre un tablero metálico. —Aquí tiene— murmuró Pettygrove.

—Créame: todo esto es necesario, señor Pettygrove —dijo Howard—. Se trata de dos crímenes; su esposa, y un auxiliar del F. B. I., en Berlín. Además, un contrabando que..., aún no veo cómo, pero debe ser importante. Es claro que si los empaquetadores son inocentes, estas cajas sólo deben contener los broches previstos. Vamos.

—No puedo creer que todos mis empleados me estén traicionando, Kellog... —musitó Pettygrove.

Howard no hizo comentarios. Se dirigió hacia una estantería donde había diversas herramientas, y tomó un objeto duro y cortante, que le serviría para destapar las cajas. Luego, las fue examinando, y tomó una de ellas, que mostró a Pettygrove, con una leve y seca sonrisa en sus labios.

—Vea, señor Pettygrove. Por lo visto, nuestro Frank Junger cuenta con las preferencias de Aloysius. Ya en la primera remesa de envíos le incluye. ¿Sabe qué puede significar esto? Que Aloysius está alarmado, y desea terminar el trabajo iniciado. Ésa, creo, es la razón de que Franz Junger conste en la lista de la primera remesa. Bien..., veamos el interior de la caja.

Ante la expectante mirada de Pettygrove, Howard forcejeó con la cajita, destapándola en un minuto. Su contenido pasó al tablero metálico, y Howard, sintiendo que desfallecía su seguridad, miraba fijamente, con una mordaz sonrisa dirigida a sí mismo, el broche de latón y piedras de imitación que relucía sobre el tablero.

Pettygrove miraba, alternativamente, a Howard y al objeto.

—Bueno..., ése es el broche de muestra, Kellog...

—Sí, ya veo... Entonces, Aloysius no es tan tonto. Va a ser difícil, muy difícil, probarle algo... Esto le compromete a usted, señor Pettygrove. Si Aloysius fuese inocente..., el

F. B. I.,

no olvidará qué quien estuvo en Berlín fue usted. Pero no nos precipitemos, y abramos las demás cajas.

En un cuarto de hora hubo finalizado el trabajo.

Cada caja contenía el mismo broche, casi exacto, sin diferencia alguna visible. Eso tan sólo.

Diablo..., ¿y el paquete que recibió Aloysius en las galerías, de manos de un desconocido?

Howard soltó un resoplido de disgusto.

—Lo siento, señor Pettygrove, pero voy a solicitar autorización para efectuar un registro en regla en la totalidad de su establecimiento. Mientras, usted puede dedicarse a reunir todas las facturas y licencias relativas a la compra de piedras y metales preciosos; asimismo, listas de venta y materiales empleados. En suma, ya lo entiende, los expertos del

F. B. I.,

realizarán un inventario del material. Yo... espero que todo esté en orden.

Pettygrove parecía sumido de nuevo en su estupefacción. Era un tipo algo raro, con aquel cuerpo fuerte y el cráneo casi calvo. Parecía un hombre inteligente, honrado..., con mirada algo torpe; una mirada que, no obstante, estaba fija en el broche que estuvo depositado en la cajita con destino a Franz Junger, Berlín occidental.

—No podemos perder más tiempo, señor Pettygrove —dijo Howard.

—Aguarde...

—¿Ocurre algo? ¿Recuerda algún detalle importante?

—Lo tengo en mi mano derecha, Kellog. Yo..., es fácil de comprender, estoy acostumbrado a conocer el levísimo peso de pequeñas cantidades de metal, o diamantes, perlas incluso... Mi mano es algo así como una balanza de precisión; son muchos años dedicado a la joyería. Prácticamente, mis cuarenta y dos años...

Howard le miró con auténtico interés.

—¿Y bien? —inquirió, impaciente.

—Este broche, Kellog, tiene un peso distinto a los otros. Sin embargo, puedo estar sugestionado, o equivocado... ¿Me sigue?

—Desde luego.

—Tome, por favor, los broches restantes.

—Bien...

Con todos los broches, se dirigieron a una pequeña balanza de precisión. Fue Pettygrove quien, ante la atenta mirada de Howard, dispuesto a evitar cualquier juego de manos, empezó a pesar los broches. Los once primeros arrojaron un peso casi idéntico; alguna desviación casi inapreciable, posiblemente a causa de la soldadura.

El objeto número doce, el que contenía la cajita destinada al joyero alemán, delató un peso bastante inferior a los otros; asombrosamente inferior en realidad, teniendo en cuenta que era del mismo tamaño que los otros, y a simple vista resultaba idéntico.

Howard miraba, desconcertado, a Pettygrove.

—¿Conoce la explicación, señor Pettygrove? —inquirió.

—No es fácil... Podría intentar averiguar el motivo de la diferencia de peso. A simple vista, el latón es identificable, así como las piedras falsas...

—¿Sigue cooperando, señor Pettygrove?

—A la vista de esto, sí.

—Entonces, permítame el broche.

—Bien... ¿Puedo saber...?

—Lo lamento. Pero puede imaginarlo. A veces, a

F. B. I.,

debe silenciar algunas cosas.

El broche pasó al bolsillo de Howard, y Pettygrove inquirió:

—¿Los otros? ¿Podemos remitirlos?

—Demoren el envío, por favor. Puede que no sea uno solo el contrabandista. En realidad, resultaría interesante examinarlos todos.

—No voy a negárselo a estas alturas. Sólo espero que... que de verdad todo esto signifique algo; que sea útil. Usted, Kellog, difícilmente puede imaginar el vacío que existe ahora a mi alrededor... Quien sea el culpable de todo esto, incluido el asesinato de mi esposa, debe pagar. Y ya, decididamente, estoy a su entera disposición. ¿Puedo ayudarle en algo más?

Howard reflexionó unos instantes.

—No sé... En nada. Regrese a su domicilio, y trate de descansar. Es obvio que en cuanto empiecen las detenciones se iniciará una resistencia armada. Usted no tiene por qué estar en medio del

peligro.

—No me importaría, se lo aseguro...

—De todos modos, por favor, regrese a su casa. Yo le acompañaré. Cuando quiera.

Pettygrove echó un vistazo al tablero, donde todo estaba revuelto y desordenado.

—¿Lo dejamos así? —inquirió.

—¿Por qué no? ¿Sabe?, no creo que Aloysius vuelva jamás aquí. Y si tiene algún cómplice en los talleres, cosa que dudo, le descubriremos a su debido tiempo. Vamos, señor Pettygrove.

Poco después estaban rodando en el «Packard» azul oscuro de Howard hacia el domicilio particular de Pettygrove. Howard casi volaba, sintiendo una enorme prisa por llegar cuanto antes a la Delegación.

El hombre de la bata blanca y cara de intelectual acababa de abandonar el despacho del inspector Lovejoy, con los doce broches en su poder.

El inspector soltó un suspiro, y dijo:

—Ya veremos los resultados, Howard. Pero, claro, no los esperes inmediatamente. Ya sabes que nuestros hombres de Laboratorio se aseguran totalmente antes de emitir un informe. Un poco de paciencia, pues.

—Estoy de acuerdo. Ahora, vayamos a otros asuntos, que empiezan a preocuparme. Supongamos que Aloysius, tras dejar preparado el envío al alemán Frank Junger, se ha largado.

—Bien..., tú crees que termina el trabajo, se cree en peligro y se esfuma, ¿no?

—Puede ser, a menos que se hayan recibido noticias de su paradero.

—Ninguna, Howard. Y puede que estés en lo cierto, maldita sea.

—Queda otro camino: Fanny. ¿Novedades?

—Sigue en su casa.

—Pues búsqume allí si me necesita para algo, señor. Debe sospechar que la tenemos localizada, y muestra destellos de inteligencia al no moverse, esperando que la dejemos en paz. Pero ella sabe que su situación de localizada es, a la larga, insostenible. Tiene buenos nervios, no cabe duda, pero no creo que me resista demasiado.

—Siuviésemos la seguridad de que esa mujer...

—A mí no me cabe duda alguna, señor. Y no pienso quitarle el diente. Es más, tengo ya mucha prisa. Comuniqué conmigo en cuanto sepa algo sobre el examen de ese broche.

—De acuerdo...

—¿Quién está ahora vigilando a Fanny?

—Upton ha empezado el turno hace una hora escasa.

—Bien. ¿Y los relevos para buscar a Aloysius?

—Hay tres hombres dedicados a ello, Howard. Se vigila su estudio, y se investiga sobre algún lugar frecuentado por ese hombre, donde pueda ser localizado. Su desaparición no será definitiva, estoy seguro.

—Hasta luego, señor.

Cinco minutos más tarde, Howard Kellog estaba en su «Packard» en dirección a la calle Chambers, cortando por las callejuelas del barrio latino, siempre en dirección al Hudson. Y antes de las doce ya estaba a la vista del 66 de Chambers, reconociendo el edificio por la descripción de Upton y por su emplazamiento entre un jardín y un almacén de maderas. Y frunció el ceño, pensando que no era descabellado suponer que Fanny podía haber utilizado alguna salida distinta a la principal.

Era cuestión de confiar en Upton, localizarle y escucharle.

Fue Upton quien le avisó. Upton estaba metido en un portal, casi frente a la entrada de aquella casa, a oscuras. Chambers no era muy ancha, y su iluminación, más bien escasa, hasta parece sórdida cuando la niebla del Hudson es espesa.

Howard se metió en el portal.

—¿Qué? —Gruñó.

—Supongo que estás decidido a entrar, ¿no?

—Pues sí. Al menos que alguna novedad tuya aconseje lo contrario.

—No hay tal novedad, Howard.

—¿Estás seguro de que sigue en la casa?

—Hay luz, y la he visto un par de veces en una hora.

—Vaya...

—En el puente de autobuses no había nadie cuando llegamos, Howard. Y los dos elementos que querían atraparte siguen en el jardín. Ninguno de nosotros se ha atrevido a meterse con los perros.

Howard rió brevemente.

—Así tendrán tiempo de meditar, por si me ocultaron algo — dijo—. Y ya esperaba que no hubiese nadie.

—¿Tienes idea de quién quiso atraparte?

—Hombre..., yo creo que Aloysius.

—Ya...

—O el tipo que le dio el paquete en la galería. Poco importa. Son ellos, y basta. Y basta de charla. Voy a enterarme de una vez hasta qué punto está Fanny relacionada con este asunto.

—Haz lo que te parezca, pero ella tiene que hacer algo, Howard. No puede estar aislada toda la vida.

—Tiene teléfono, ¿no?

—¿Y qué? Puede comunicar y recibir mensajes, pero ¿qué? Y lo que pienso es que si no sale..., mala señal: sabe que la vigilamos.

—Por supuesto. No hay por qué creer imbéciles a esa organización de contrabandistas, de la que hemos tenido noticia por un asesinato... Ni eso. En realidad, hemos tenido noticias de todo esto porque un hombre con los negocios en quiebra se atracó de *whisky* y quiso bañarse en un muelle dentro del coche. De lo contrario, ni se habría descubierto el cadáver de la señora Pettygrove, ni estaríamos aquí. Por tanto, hay que llegar a la conclusión de que no son gente fácil. Y... lo peor es que cuando había algo para poder atrapar a Aloysius, éste se esfuma...

—Se le seguía, Howard, no es que estuviera abandonado. No ha sido un fallo de investigación. Sólo mala suerte.

—Como sea, ignoramos su paradero. Y a lo que íbamos: voy a ver a Fanny. No aguardo más.

—Allá tú... ¿Qué hago?

—A la expectativa. No esperes demasiado si hueles que algo marcha mal. ¿«Okay»?

VII

ERA una estancia grande, con pocos muebles y escasamente agradable. En ella había un hombre y una mujer. Ella, sentada en un sillón, cruzadas las piernas, fumando, muy quieta, e ignorando las miradas del hombre a sus piernas, muy blancas, con ligeros rasguños en el muslo izquierdo. Además, ella llevaba la mano vendada.

Parecía tranquila, y con el jersey negro y la minifalda, con los cabellos lacios, negros, sobre los hombros, no aparentaba más de veintidós años.

El vestía traje oscuro y jersey rojo de cuello alto. Nervioso, daba muchos paseos por la estancia donde, en su opinión, lo único agradable era Fanny. Y no siempre, además.

—Siéntate, Aloysius —dijo, con voz indiferente, Fanny—. La impaciencia no conduce a nada.

—Son las once, ¿te has dado cuenta?

—Desde luego. Pero aun así no hay por qué perder la calma. Fargo sabe lo que hace.

—Y los del

F. B. I.,

no, ¿verdad? —Gruñó Aloysius—. No nos consta que Kellog sea del F. B. I.

—No te constará a ti. Cometió un fallo tremendo al decir que era Hardin, un antiguo contrabandista con quien colaboré. Tuve noticias de él, y supe que había muerto. Eso, por un lado. Demuestra saber algo sobre mí. Segundo: no hay noticias de Franz Junger, desde Berlín.

—¿Por qué imaginas que ha de enviar un mensaje diario?

—Está bien... Allá tú con tu confianza.

—No, no... Yo no me confío, Aloysius. Ocurre que templo los nervios; así de simple. Estoy de acuerdo contigo en que me vigilan. No he visto a nadie, pero la actitud de Kellog me resultó muy extraña. Como te digo, no me confío, sólo estoy esperando a Fargo, y cuando llegue, si el momento es oportuno, nos largamos, y en paz.

—Sí... ¿Y si le han atrapado?

Fanny miró con sus negrísimos ojos a Aloysius; sonrió leve, fríamente, y dijo:

—Si han atrapado a Fargo, nada cambia. Fargo no es de los que hablan. Es cuestión de fijar un plazo de espera, y luego...

—Pueden rodearnos en ese plazo.

—Muy bien. Vete entonces, Aloysius.

Aquel tipo de feo cabello y asqueroso bigote pestañeó. Miró con un poco de miedo a Fanny, cuya mirada poseía una asombrosa intensidad, Aloysius meneó la cabeza.

—No. No me largo, Fanny —musitó—. Os conozco bien. Vosotros no admitís deserciones... Me quedo. Si entran, tenemos tiempo de escapar. Es un mal menor. Huir sería de imbécil. Podría escapar del

F. B. I.,

tal vez, pero no de vosotros.

Fanny sonrió un tanto irónicamente.

—Quizá exageres —dijo—. Pero, bien, puesto que te quedas, siéntate; estaremos ambos más cómodos.

Aloysius dio un par de pasos hacia el sillón vacío junto al de Fanny. Iba a sentarse, cuando percibieron el zumbido que conocían bien. Aloysius, un tanto precipitadamente, enterró la diestra bajo la chaqueta, para extraerla empuñando una automática. En cuanto a Fanny, no hizo más que subirse un poco la falda, dejando los muslos muy visibles, y parte de la tira adhesiva que le aseguraba una pistolita.

Al oír los pasos, ambos se tranquilizaron, y depusieron su actitud. Silenciosos, vieron entrar en la estancia al hombre de cabello blanco y exótico aspecto, con un raído abrigo y una absurda bufanda. Cuando el hombre llegó a un rincón de la pieza, sin despegar los labios, lo cual retorció los nervios de Aloysius, empezó por desprenderse de la cabellera, una mascarilla; se quitó el abrigo y la bufanda también, apareciendo un tipo de cuarenta años, de

rostro redondo y moreno, de fría mirada; un tipo fuerte, de semblante grave en aquellos momentos.

—No hace falta que os dé excesivas explicaciones, supongo — rezongó.

—Has fracasado, Fargo... —musitó Aloysius.

—Ya que has hablado de fracasos, Aloysius —dijo Fargo, antes de que Aloysius pronunciara una sola palabra más—, podemos seguir con el tema..., siempre desagradable, naturalmente. Admito que yo no he hecho las cosas muy bien esta vez, por razones obvias: no quiero descubrirme por ningún motivo. Los dos hombres que envié contra Kellog no se presentaron con éste, y sí, en cambio, llegó a Vestry Street un coche del

F. B. I.

Bien..., tu hombre sigue libre, molestando. Pero... ahora podemos seguir hablando de fracasos. ¿Te parece bien?

—Si te vas a referir a lo de Gladys Pettygrove...

—¿Pues qué otra cosa nos ha echado encima al

F. B. I.?

—Cuidado, Fargo. El

F. B. I.,

no interviene en asesinatos corrientes. Si lleva el asunto es porque..., en fin...

—¿Porque te conocen? ¿Tienen referencias tuyas? —inquirió, suavemente, Fargo.

—¡Pudo ser el crimen de Berlín! —estalló Aloysius—. En todas partes tenéis vuestros ejecutores; gente que mata sin más, incluso sin necesidad. Sí..., ¿por qué no creer que ha sido el principal error? Quedamos en que nuestra gente seguiría a Pettygrove, pero sólo como una protección y vigilancia discreta...

—Dejemos aparte lo de Berlín —atajó Fargo—. Lo actual, y lo que ocurre aquí, es mucho más importante, al menos para nosotros. La situación es grave: tenemos encima al

F. B. I.

De eso creo que nadie duda.

Silencio.

—Hay una sola solución —dijo Fargo—: desaparecer. Huir.

—¿Y lo abandonamos todo? —inquirió Aloysius.

—Cuando es conveniente, hay que hacerlo así, Aloysius. Ahora

bien: no se trata de hacerlo precipitadamente. Conviene no dejar atrás algo que en el futuro tengamos que lamentar. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo Aloysius.

—Pues empecemos. ¿Dejas cabos sueltos?

—¿Qué quieres decir? —rezongó Aloysius.

—Cabos sueltos..., algo que te comprometa.

—Bueno..., ya le sabéis. Kellog, la secretaria de Pettygrove, que fue quien estuvo escuchando, y me hizo entrar en sospechas. Pero no vamos a matar a todo el mundo. Se trataba esta noche, ésa era tu misión, de traer aquí a Kellog, e interrogarle a fondo... La chica, Kellog..., y el envío a Junger. Eso es lo que queda pendiente de solución, si bien lo de Junger está solucionado. Mañana saldrá el envío.

—Mañana, ¿eh?

—A primera hora.

—Quisiera tener la plena seguridad. Si sospechan de ti, han podido controlar tu trabajo.

Aloysius rió.

—Puede que en otras cuestiones no tenga vuestra pericia, Fargo, pero en lo mío... Aun suponiendo que hayan examinado mi trabajo, es imposible que el

F. B. I.,

haya descubierto algo. Por lo menos, Kellog, pues insisto en que es él quien lleva el peso de la investigación.

—Si Kellog ha estado en los talleres, y saben algo de Berlín, como parece, ¿crees que dejarán que el paquete siga su curso?

Aloysius pestañeó.

—Está bien... Es hilar muy fino, pero voy a cerciorarme ahora mismo de que esos temores están infundados, Fargo.

—¿Qué vas a hacer?

—Observa.

Aloysius se dirigió hacia el teléfono, descolgó, disco un número. Sonrió levemente al ver que de nuevo Fanny hacía exhibición de muslos, y se acariciaba un punto cercano a la pistolita. Fargo, por su parte, estaba muy quieto, atento.

Llegó la respuesta:

—Talleres de

«Pettygrove's».

—¿Copper? Soy Aloysius.

Hubo un silencio que intrigó un tanto a Aloysius.

—¿No me oyes, Copper? —insistió.

—Sí..., sí, señor...

—¿Hay novedades?

—Bueno... tal vez. ¿Dónde está, señor Aloysius?

—¡En mi casa! ¡¿Dónde más?! —Casi gritó, nervioso, Aloysius—.

¿Qué ha ocurrido?

—Pues..., en realidad, nada de lo que no se vaya a enterar más tarde, señor. Ha estado aquí el

F. B. I.;

un agente, con míster Pettygrove. Por si le interesa, le diré que han desmantelado los envíos de mañana, y se han llevado los broches. Y le participo que he oído lo suficiente para, en cuanto cuelgue, apresurarme a comunicar al

F. B. I.,

su paradero.

—¡Copper...!

¡Clic!

Aloysius sintió que le costaba tragar saliva. El cuello alto de su jersey rojo empezaba a humedecerse, resultaba molesto. Colgó el teléfono, despacio. No le importaba lo que hiciera Copper, sino lo que había hecho el

F. B. I.,

y Pettygrove. Estuvo tanto rato junto al teléfono, pensando, que olvidó a Fargo y a Fanny. La voz de Fargo, suave, le devolvió a la realidad.

—¿Algo va mal, Aloysius? —inquirió Fargo.

Aloysius asintió lentamente con la cabeza.

—Sí... El

F. B. I.,

tiene todos los broches —musitó.

La palidez se extendió por igual en los rostros de Fanny y de Fargo. Este incluso se puso en pie.

—¿Todos los broches? —insistió—. ¿Todos, Aloysius? ¿El correspondiente a Junger también?

—He dicho todos. Y si se los han llevado, es porque han descubierto algo. No digo que aún la verdad pero... no tardarán.

Los laboratorios del

F. B. I.

son completísimos, lo sabemos todos. Por consiguiente, he aquí la situación: fracaso total en esta ocasión. Y una vez por todas, puesto que no cabe ni soñar que podamos reanudar nuestras actividades en Estados Unidos. Ése es el resumen. Y lo que querías conocer, Fargo.

Fargo había cerrado los ojos un instante.

—Entonces —musitó—, lo que te entregué esta mañana está en manos del F. B. I...

—Sí.

—Vaya... Un gran éxito el tuyo, Aloysius...

—¿Qué querías que hiciera?!

—Una sola cosa: puesto que estabas tan seguro de la intervención del

F. B. I.,

no debiste realizar el trabajo para Junger; eso, en primer lugar. Y guardar lo que contenía el paquete... Era lo sensato, lo inteligente...

—La operación corría prisa... No pensé que actuaran tan rápidamente... Era cuestión de unas horas. De haberse retrasado el

F. B. I.,

tan sólo unas horas, ese paquete hubiera llegado a su destino, Fargo... ¿Era urgente o no realizar la operación, teniendo tan cerca al

F. B. I.?

Pensé que se realizaba ese trabajo, y luego, cumplida la misión, nos retirábamos... Pero, insisto, creí que no llegarían a tiempo...

—Ya... Tus enemigos, el

F. B. I.,

ni más ni menos, en tu opinión, han de llegar tarde, porque así te conviene... Aloysius, ha sido una imprudencia que nos destruirá a todos. ¡No debiste precipitarte con lo de Junger!

—No sólo yo he tenido fallos...

—Es posible que no. ¿Lo de la señora Pettygrove?

—¡Nada de eso importaría, si Fanny no estuviera vigilada por el

F. B. I.!

Quiso entrar en la quinta de Kellog... ¡Ahí está el resultado! Podemos comprobarlo con sólo asomar la nariz a la puerta. Apuesto a que en menos de dos segundos tenemos una pistola en el

estómago... Bien, fratasados, acusándonos estúpidamente unos a otros..., acorralados por el

F. B. I.

¿Qué esperamos para utilizar la salida de emergencia? En cualquier momento pueden entrar.

Fargo asentía con la cabeza.

—Eso es cierto... —musitó—. No obstante, ocurre algo: por esa puerta de emergencia no cabemos todos, Aloysius.

Aloysius no tuvo tiempo de reaccionar. Quedó con la mano junto al pecho, mirando el cañón de la automática de Fanny, que le apuntaba rectamente, sin el menor temblor. Fargo ni siquiera miraba a Fanny; sabía lo que estaba ocurriendo.

—Eres demasiado conocido ya, Aloysius; el mundo es pequeño para ti —murmuró Fargo.

—También conocen a Fanny, ¿no?

—Su caso es distinto. No sabes la cantidad de cosas que has estropeado con tu torpeza... Hay fallos admisibles, teniendo en cuenta la calidad del enemigo, Aloysius. Pero uno de esos fallos no tiene perdón: no debiste fabricar el broche para Junger. Eso lo pondrá todo al descubierto; una magnífica organización se derrumbará por culpa de un inepto. ¿Imaginas la sorpresa del

F. B. I.,

cuando averigüen la verdad? ¿Y por qué tenían que averiguarla? ¿Por qué? Todo indicaba que sospechaban de nosotros, como contrabandistas de diamantes y metales preciosos. Así estaba bien. Nos hubiéramos largado de aquí, y podríamos seguir trabajando desde cualquier punto. Pero ahora... ahora tienen la verdad en sus manos. Todo es inútil ya; la organización ha quebrado. ¡No debiste fabricar el broche de Junger! Y ya basta...

—¿Por qué me entregaste el paquete sabiendo que existía peligro? —Aún pudo susurrar Aloysius.

—Eso era discrecional por tu parte.

—Si... si disparáis aquí, se oirá...

—Vaya..., no lo habíamos pensado —dijo, mordaz, Fargo—. Hacia la salida de emergencia. Todos. Atenta, Fanny. ¿Dejas algo importante?

—Ya sabes que no.

—De acuerdo. Andando. Tú en primer lugar, Aloysius. Es

lamentable tener que prescindir de estas actividades... Y es lamentable que no te necesitemos, puesto que es absurdo trabajar dos veces con el mismo truco. Y... ¿sabes quién caerá también? Nuestro hombre interesante... Una cena... Camina.

Aloysius no captó, por el momento, la menor oportunidad para intentar dar la vuelta a la situación. Echó a andar, saliendo de la estancia. Sí..., también caería el hombre interesante del grupo... Caerían muchos, a excepción de simples exterminadores; la gente de acción, como Fanny y Fargo, podrían huir, y desparramarse por el mundo, en busca de nuevas oportunidades. Y los inteligentes, a morir...

Por supuesto, Aloysius se incluía en el grupo de los inteligentes. Su trabajo era de cerebro; algo artístico, valioso... Los demás, sólo sabían de asesinar, de exterminar... Aquellos pasos que sonaban a su espalda...

Llegaron a la puerta que conducía a la bodega de la casa.

Bajaron.

Una linterna proporcionó luz suficiente para poder ver los peldaños de madera que terminaban en un lateral de la bodega; aquélla era la salida de emergencia: un paño de pared que cedía, y se encontraban en lo más frondoso del parque contiguo, con salida a dos calles.

Muy simple.

Aloysius, por la posición de la luz, quiso calcular el lugar donde se encontraba Fargo, pero se dio cuenta de que la distancia era excesiva. Además, ya subía Fargo en primer lugar, con la luz, mientras que Fanny apuntaba a Aloysius, que quedó entre ambos, ascendiendo por aquellos peldaños crujientes.

Fanny era la que había apretado el resorte, y estaba cediendo un trozo de pared. Ya se notaba el fresco del exterior, más agradable que el de la bodega.

El primero en poner un pie en el parque fue Fargo.

La luz que tenía a su espalda le silueta en negro.

Pero era suficiente.

Sonó una voz:

—¡Alto!

Inmediatamente se apagó la luz que sostenía Fargo, quien saltó hacia atrás, cuando sonaba una estruendosa detonación en el

parque, a sólo seis yardas de distancia. El fogonazo descubrió la silueta del tirador, pero ya fue inútil. El hombre del disparo no supo si había hecho blanco, puesto que todo se sucedió con enorme rapidez.

Al oír la voz, Fargo saltó hacia atrás, tropezando con Aloysius y lanzando a éste, a su vez, contra Fanny, la cual, serena al parecer y guiándose por la luz que llegaba desde arriba, corrió hacia el resorte, despreocupándose, de momento, por lo ocurrido a Fargo y Aloysius que armaban bastante estrépito, rodando por los peldaños.

Fanny apretó el resorte, y la pared fue cerrando la abertura, dejando en absoluta oscuridad la bodega.

Fanny, entonces, puso atención al rumor que oía: lucha.

Jadeos, maldiciones, chasquidos...

Se acercaba, a ciegas.

Quedó quieta, tensa, puesto que se había hecho, de súbito, el silencio.

Pero un silencio absoluto. Por lo menos, en la bodega, ya que arriba alguien debía estar dando golpes, tanteando. Pero allí abajo, en aquel sótano oscuro, húmedo, el silencio era total. Ni una respiración.

—Fargo... —musitó Fanny.

Nada.

—¿Aloysius?

Silencio.

Fanny se mordió los labios.

¿Muertos ambos? Sintió un ramalazo de miedo.

Uno de ellos vivía... Había oído algo; muy leve, pero producido por alguien que estaba abajo, en silencio, esperando. Y sólo podía ser Aloysius, puesto que no quería delatarse... Y ella, estúpidamente había llamado. Aloysius se estaba acercando a ella, pero... ¿por dónde? Y si se movía era peor; pues la encontraría Aloysius...

Podía empezar a disparar... ¿Por qué no? Podía gastar cinco balas...

VIII

EN la oscura bodega, dos personas tenían algo en común, el mismo pensamiento: arriba, el

F. B. I.;

abajo, un enemigo. Cada uno de ellos era enemigo mortal del otro. Y Aloysius era, por el momento, quien llevaba la ventaja. Había sido una suerte el oportuno disparo del hombre del

F. B. I.

Sin ver dónde estaba exactamente clavada la bala, Aloysius comprobó que Fargo estaba malherido, puesto que al caer y tropezar con Aloysius, éste, para amortiguar el golpe, se aferró a él, rodeándole el cuerpo con ambos brazos, y se sentía pringado de sangre.

Luchó con un Fargo agónico, que más que luchar pataleó, hasta que Aloysius, sin haber perdido un átomo de su fuerza, pudo dominarle, y sólo había hecho que concluir el trabajo que inició la bala disparada por el agente del

F. B. I.

Fargo, muerto, estaba tirado en tierra, y Aloysius, cauto, silencioso, guiándose por las llamadas de Fanny, se estaba aproximando a ella. Fanny no se movía. Inteligentemente, en cierto modo, Fanny no hacía ruido, esperando desorientar a Aloysius, pero éste, concentrado, enervado el instinto de conservación, se acercaba inexorablemente a ella. No sabía si de espaldas, o de frente, pero se acercaba.

Mientras, Fanny, aún luchaba con la idea de disparar a ciegas. Con un poco de suerte podía matar a Aloysius, y... Bien: arriba estaba el

F. B. I.

Un agente del

F. B. I.,

que trataba de encontrar el resorte del hueco. Si perdía mucho tiempo allí, Fanny podía salir, con suerte, por la puerta principal, aunque ya era mucho esperar que sólo hubiese de vigilancia un agente especial.

Aloysius y Fanny pensaban mucho y rápidamente acuciados por el miedo, la incertidumbre, en aquella lucha a oscuras, en silencio...

Por fin, Aloysius captó un levísimo resuello de Fanny.

La tenía a su izquierda, lo cual facilitaba las cosas, puesto que un simple salto le dejaría a espaldas de Fanny...

Lo hizo.

Sorprendió a Fanny, la cual soltó un gritito. Cuando quiso revolverse, utilizar el arma, se encontró con el cuello furiosamente rodeado por un brazo, mientras otro, con una mano húmeda, llena de algo viscoso y aún caliente, la atrapaba por la muñeca, y la retorció violentamente, hasta que el arma cayó al suelo.

Entonces, fueron dos los brazos que rodearon el cuello de Fanny, la cual intentó, con todas sus fuerzas y conocimientos, deshacer la presa mortal de Aloysius, quien resistió algunos sabios golpes de Fanny. Golpes que se hacían más débiles por momentos.

Fanny se estremecía, rebullía, entre los brazos de Aloysius, quien sólo pensaba en terminar de una vez.

La sangre de Fargo estaba cayendo sobre ambos; en rostro, manos, brazos...; una caricia repugnante.

Incrédula, asombrada, Fanny se daba cuenta de que iba a morir a manos de un imbécil; de alguien que jamás hubiera sido como ella o Fargo. No... No era eso. En realidad, su muerte quedó escrita cuando saltó a la quinta de Kellog... Gran jugada la de éste; la desconcertó, la metió en una trampa de la que ya no podría salir; una trampa inteligente... Y todo por Aloysius; porque el

F. B. I.,

tenía marcado a Aloysius.

Los pensamientos de Fanny ya sólo eran nebulosas; sentía una tremenda presión en el pecho, en la cabeza.

Luego, dejó de sentir.

Aloysius, por fin, entendió que seguía estrujando el cuello de un cadáver, y la soltó. Se oyó el choque de Fanny contra el suelo.

Y arriba nada. Ya, nada.

Aloysius no sabía si era buena o mala señal, pero lo primero que hizo fue encender una luz, que llevaba acoplada al encendedor. Un fino haz recorrió el suelo de la bodega, descubriendo los cadáveres de Fargo y Fanny. ¿Y bien? Tenía su pistola, y podía disponer de la de los muertos.

Y sonrió; una sonrisa amarga. Estaba seguro de que las pistolas no iban a salvarle. Había de ser con astucia; o con inteligencia... Con ambas cocas... Una trampa para el agente del F. B. I...

Muy bien: iba a ponerla en práctica. Se le acababa de ocurrir mirando el cuerpo de Fanny. Se inclinó junto a ella y empezó a desnudarla. Le quitó el jersey, la minifalda, dejándola con una bonita ropa interior, que cubría ya un hermoso cuerpo frío. Aloysius la contempló unos instantes. Lástima que los muertos quedaran tan feos...

Con las ropas de Fanny en las manos, corrió hacia la puerta de la bodega que comunicaba con la casa, acuciado por una idea.

Alguien llegaba jadeando, y Howard, furioso por su precipitación, se escabulló del trozo de pared que se descorría, para ocultarse detrás de uno de los árboles del parque.

Un instante después identificaba a Upton, que estaba con la automática en mano, mirando, desconcertado, en todas direcciones.

—Upton —llamó.

Upton, con un suspiro, se acercó a Howard.

—Oí el disparo, y no ha sido fácil orientarme hasta aquí... ¿Qué ha ocurrido?

—Están ahí. Existe una salida bien disimulada, que nos hubiera dado un disgusto de no ser por una racha de suerte. Me encontraba aquí cuando intentaron salir. Les di el alto, y me precipité al disparar. Pude aguardar a que estuvieran fuera. En fin..., creo que el tipo que entregó el paquete a Aloysius está ahí, y herido, además; saltó muy rápidamente hacia atrás, pero creo que le alcancé. Por consiguiente, si mis cálculos no fallan, ese tipo y Fanny están ahí. Y lárgate inmediatamente, puesto que pueden aprovechar este mismo instante para salir por la puerta principal.

—Ya... Oye esto: un tal Copper, el vigilante de...

—Sé quién es —cortó, rápido, Howard.

—Bien, ese hombre ha recibido no hace mucho una llamada de

Aloysius. Parece ser que Copper cometió la imprudencia de decirle que iba a mandarle al

F. B. I.,

en cuanto colgara. Copper llamó al inspector, y dijo que Aloysius le había llamado desde su domicilio. Así que el inspector está rodando hacia allá, y han avisado al muchacho que vigila el edificio para que abra bien los ojos. Ese Aloysius, al parecer, es muy escurridizo.

—De acuerdo... Entonces, los tenemos a todos, Upton. Nosotros, por supuesto, no vamos a movernos de aquí. Yo sigo esperando en este lugar, y tú ve a la puerta principal. ¿Comprendido?

—Por supuesto.

—Largo, entonces.

—Espera... Pienso que si saben que estás aquí no cometerán la torpeza de intentar utilizar de nuevo esta salida.

Howard sonrió levemente.

—¿No? —Gruñó—. Yo pienso que se trata de astucia contra astucia. Sin embargo, ya preveo la posibilidad de equivocarme, e insisto en que vuelas hacia la puerta principal. Es más, si tienes oportunidad, llama al inspector y pídele cuando menos un refuerzo. Si no salen, les rodearemos totalmente, y veremos cuál es la reacción final, con la correspondiente solución.

—Está bien.

Upton, pistola en mano, echó a correr por el parque, en dirección a la parte frontal de la casa.

Mientras, Howard se relajó un tanto, a la espera. Como fuese, tenía aquella salida copada, ya no habría más precipitaciones por su parte. Automática en mano, se dispuso a la espera. Pensaba que Aloysius, después de todo, se había dejado cazar estúpidamente, en el supuesto de que no se hubiera dado mucha prisa en salir de su casa, eludiendo una vez más la vigilancia del

F. B. I.,

lo cual ya no era fácil. Se puede escapar una vez, pero dos... Aloysius, si salía de su casa, sería retenido, y si se quedaba, peor para él.

Lo importante eran Fanny y aquel tipo; el de los paquetes.

Siguió esperando. Cuestión de unos minutos.

Respingó, y se quedó detrás del árbol, al observar que la abertura de la pared cedía.

Todo estaba muy oscuro, pero aquella silueta desecaba con cierta claridad. Bien..., allí estaba Fanny, con su minifalda y un chaquetón muy holgado, debajo del cual, seguro, llevaba un arsenal. No obstante, salía con los brazos en alto. Caminaba sobre unos zapatones de tacón no muy alto y grueso; sus piernas se veían imprecisas, pero hasta algo más de medio muslo; la cabellera lacia sobre los hombros, y por cara una mancha blanquecina.

—Así está bien, Fanny —gruñó Howard—. Acércate.

Fanny inclinó la cabeza y avanzó lentamente, siempre con las manos en alto y paso muy corto.

Howard apareció entonces, abandonando el refugio detrás del árbol.

—¿Dónde está el otro? —inquirió.

Fanny se encogió de hombros.

—¿Muerto?

Estaban sólo a un par de yardas. Howard la miraba, con cierto recelo; era una entrega demasiado fácil, pero allí no había trampa. Sus manos estaban vacías; así que alargó el brazo izquierdo para atraparla, y fue cuando se produjo la sorprendente y violentísima reacción del personaje de la minifalda.

Se oyó un leve chasquido, y luego el zapatón derecho calzado por aquel espectro salió hacia adelante, dejando emitir destellos a algo. Unos destellos que hicieron reaccionar vivamente a Howard, quien saltó de lado, mientras que la afilada hoja de acero que había brotado del zapato, y con el impulso de la pierna, quedaba clavada en el tronco del árbol, en lugar de incrustarse en el vientre de Howard, quien entonces atacó.

Su ataque, que en principio iba a ser sólo de inmovilización, sufrió un brusco cambio cuando oyó el gruñido de disgusto de la extraña Fanny, que, tirando con fuerza de la hoja, lo que hizo fue dejarse el zapato clavado en el árbol, y cuando quiso repetir la operación con el zapato izquierdo, ya recibía un terrorífico puñetazo en pleno rostro; estómago, rostro; estómago, estómago...

La extraña Fanny emitía unos sonidos guturales, muy poco femeninos, mientras se inclinaba, sin aire en los pulmones.

Luego, un revés la tiró de espaldas contra el árbol, y la peluca lacia se ladeó un poco. Howard siguió actuando, con dureza y precisión. Le arrancó la peluca y le asestó un revés formidable, de

modo que la coronilla de Aloysius pegó contra el tronco del árbol. Le fallaron las piernas, y empezó a sentarse lentamente.

A puntapiés, Howard le quitó el zapato izquierdo.

Y luego rió irónicamente, al observar el absurdo, grotesco aspecto de Aloysius, con su minifalda mostrando ya las piernas en verdad no tan esbeltas y bonitas, ni finas, como las de Fanny. Inmediatamente, el hombre del

F. B. I.,

siguió con un cacheo a fondo, arrebatándole tres pistolas a Aloysius, quien se daba por vencido, a juzgar por su actitud.

—Tengo que admitir que pudo salirte bien, Aloysius —dijo Howard.

—Sí..., un poco de puntería al lanzar el puntapié. Era mi única salida.

—¿Y Fanny y el otro?

—Muertos.

—No me digas que mi bala les mató a ambos; la vez.

—No... Ellos... querían ejecutarme. Me atribuyen a mí este fracaso... Tal vez estuvieran en lo cierto.

—Lo mismo me da. Arriba, Aloysius.

Se puso en pie.

Con el bigote afeitado, costaba reconocerle, y con aquella estrafalaria facha.

—¿Puedo... cambiarme? —Gruñó.

—No hay tiempo para *«toilettes»*, Aloysius. Camina.

Humillado, Aloysius tuvo que caminar descalzo. Aquello era un alivio, en realidad, ya que los zapatos de Fanny le habían destrozado los pies en unos minutos. En fin..., se lo jugó todo a una carta. Demasiadas probabilidades, en contra, no obstante.

Caminó hacia la salida del parque, hasta reunirse con Upton, que no sabía si debía echarse a reír. Howard rezongó:

—Pégale dos tiros a la cerradura. Entraremos por aquí. Aloysius nos guiará, e irá encendiendo todas las luces. Mientras, con la radio de bolsillo puedes ir comunicando con el inspector. Vamos, no hay nada que nos haga esperar.

Upton reventó la cerradura de dos balazos, y penetraron en la casa. Aloysius fue encendiendo las luces y Howard le miraba, perplejo. ¿Cómo diablos llegó a dejarse engañar aunque sólo fuese

unos instantes por aquel adefesio?

Oía, detrás, la voz de Upton:

—... los tenemos, señor. Vamos a registrar la casa. Tal vez encontremos algo interesante. Si quiere participar, ya sabe: Chambers, sesenta y tres. Y el error no es tal. Supongo que se debe a la buena fe de ese Copper, quien creyó colaborar con el

F. B. I.

—Vamos hacia ahí, Upton.

—Bien, señor. Corto.

Mientras, habían llegado ya a la bodega, y desde arriba, con la luz encendida, los federales y Aloysius contemplaban los cadáveres de Fargo y Fanny. Ella estaba muy poco presentable, muy fresquita, con sus primorosas ropas interiores, muy leves, y lo demás, magnífico, al descubierto. Lástima de rostro amoratado..., y tantas manchas de sangre de Fargo.

—Cierra esa salida con el resorte —ordenó Howard a Aloysius.

El tipo obedeció. Luego, regresó junto a los del

F. B. I.

Howard fue hacia el salón, y de un empujón sentó a Aloysius, que hizo una deprimente exhibición de piernas, realmente furioso y humillado. Como consuelo, podía pensar que estuvo cerca del éxito.

—Veamos, Aloysius, ¿qué se puede encontrar en esta casa? —inquirió Howard.

—Nada.

—Mira...

—Nada, Kellog. Lo que interesa al

F. B. I.,

ya lo tiene en sus laboratorios.

Upton y Howard cambiaron una mirada.

—Supongo que dice la verdad —opinó Upton—. Ahora, se trata de demostrar que mató a la señora Pettygrove, y... hay mucho que hablar sobre el contrabando. Por lo visto, no se trata de una organización de...

Upton calló, mirando, extrañado, a Aloysius y a Howard. Aloysius le miraba casi con desprecio, mientras que Howard parecía preocupado, y no parecía aprobar en absoluto las palabras de Upton, quien gruñó:

—¿Qué pasa, Howard?

—Supongo que estuvimos equivocados desde el principio... No en cuanto a lo relativo al asesinato de la señora Pettygrove. ¿Me equivoco, Aloysius?

—No voy a confesar nada.

—Ya veremos —sonrió, secamente, Howard—. Digo, Upton, que es cierto que Aloysius mató a la señora Pettygrove. Ella debió advertir algo extraño en Aloysius, con quién tenía cierta relación, puesto que, según tengo entendido, la señora Pettygrove tenía sensibilidad artística, y... bastante inteligencia. Si no quieres confesar, Aloysius, casi no importa. No es que quiera prescindir de la acusación de asesinato contra ti, pero importa mucho más el cargo de espionaje.

Aloysius sonrió levemente; abatió la cabeza.

Upton tenía el ceño fruncido.

—¿Espionaje, Howard? —musitó.

—Sí...

—Pero...

—No es necesario seguir hablando ahora, Upton. La última palabra en este asunto la tiene el laboratorio. Es decir, la penúltima, porque la última la ha de decir Aloysius, descargando su conciencia. Aloysius hablará, aunque yo tenga que dimitir del

F. B. I.,

raptarle y quedarme a solas con él todo el tiempo que haga falta.

Aloysius miró los negros ojos de Howard, y sintió un escalofrío.

Upton miraba, también impresionado, a Howard, quien sonreía de un modo extraño; una sonrisa flotante..., de mal augurio.

Y ya se oía la llegada del coche del

F. B. I.

Allí estaba el inspector Lovejoy, con los muchachos.

IX

CUANDO dos días más tarde Aloysius fue introducido en el despacho del inspector Lovejoy, donde se encontraba también el agente especial Howard Kellog, no se sorprendió en absoluto de la palidez de ambos, que le miraban con marcada frialdad. Y había algo más en los ojos de Howard, y Aloysius se apresuró a desviar la mirada.

—Siéntate —dijo Howard.

Aloysius, vestido con su traje oscuro y el jersey rojo de cuello alto, tomó asiento.

El inspector Lovejoy tenía sobre la mesa un broche reproduciendo a Isis alada, de rodillas y con un símbolo en cada mano. Además, varios papeles, incluso algunos con el anagrama de la «National Aeronautics and Space Administration», la NASA. Lovejoy tomó el broche y lo mostró a Aloysius.

—¿Sabe?, en principio se creyó que algo se ocultaba en los símbolos que tiene Isis en sus manos. Bien..., el error se deshizo pronto. Nuestros técnicos de Nueva York aclararon sin grandes dificultades el motivo por el cual este broche pesaba menos que los otros, aparentemente idénticos. Y usted, claro, también lo sabe, ¿no, Aloysius?

—Si lo sabemos todos, ¿para qué perder tiempo?

—Yo no creo estar perdiendo el tiempo. Naturalmente, el proceso de su actuación lo conocemos, pero hasta cierto punto. Es decir: partimos del difunto Fargo, que se llamaba en realidad Boris Zarko, de nacionalidad rusa. Ése es el hombre que a usted le entregaba los materiales identificados por nuestros laboratorios. Zarko le entregaba los paquetes, y usted hacia lo demás, con auténtica pericia, hay que admitirlo. Usted, Zarko y Fanny, llamada Simona Broslov, formaban un grupo dispar, pero perfectamente

organizado, muy difícil de descubrir. El mérito es de todos, si se le puede llamar mérito; pero de usted partía lo más difícil. Camuflar los materiales que le entregaba Zarko era su misión. En sus inofensivas reproducciones de joyas antiguas, usted ha proporcionado a un país considerado enemigo en ciertos aspectos, siguiendo caminos tortuosos por Europa, una cantidad de secretos que en estos momentos ignoramos. ¿Es así?

—Ya lo saben. En mis reproducciones siempre había alguna que contenía algo muy distinto al latón.

—Ya... Tenemos, por ejemplo, este caso concreto; este último asunto de ustedes. El broche tiene una ínfima capa de latón, pero en su interior, en su contextura, oculta platino. Pero no platino de contrabando, puesto que representa una cantidad insignificante, y no es platino puro, ya tratado para separarlo de sus minerales; es una aleación de platino con elementos como paladio y osmio, que le proporcionan al platino mayor dureza al tiempo que menos peso, y una mayor resistencia al calor del tipo que sea, incluido el calor producido por fricción, en las altas capas de la atmósfera.

—Sí, platino con paladio y osmio —asintió Aloysius.

—Usted gozaba de la confianza de Pettygrove, y éste nunca sospechó lo que ocurría, porque, claro, de sus reproducciones le mostraba a Pettygrove tan sólo una muestra inofensiva... Pero en cuanto ha caído en manos del

F. B. I.,

ya no había forma de guardar el secreto. Lo que hicieron nuestros técnicos, al descubrir la verdad del broche, fue enviarlo a la NASA. Bien..., se ha armado un tremendo escándalo interno. No ha tenido trascendencia al exterior, por tratarse de un asunto demasiado grave. Ellos, Zarko y Simona Broslov, se han limitado a un trabajo de espionaje en favor de su país. Usted, Aloysius, es un traidor y un espía; su culpabilidad es infinitamente peor que la de ellos. ¿Lo entiende?

Aloysius prefirió no despegar los labios.

Lovejoy dejó el broche y tomó un papel.

Dijo:

—La NASA informa que este material es residuo, excedente, de la construcción de ciertas partes externas de uno de nuestros proyectiles de la clase «Apolo», y, además, de los mecanismos de

control, y otros aparatos electrónicos. ¿Lo sabía?

—No siempre he querido enterarme —musitó Aloysius.

—¿Cree que eso le exime de su responsabilidad?

—No he dicho eso.

—Bien... Éste es el resumen: Zarko le entregaba los materiales excedentes, pequeños recortes, ínfimos, en realidad, de la construcción de diversas partes de nuestros proyectiles. Usted, fácilmente, los pasaba a manos enemigas nuestras; esta vez, utilizaban a Junger, que ya ha caído en Berlín. Diga, Aloysius, ¿cuánto tiempo llevaban operando?

—Casi tres años...

—¡Por Dios! —Howard se puso en pie, escandalizado.

—Cálmate, Howard —murmuró, muy pálido, el inspector Lovejoy—. Así que tres años, ¿eh, Aloysius?

—Ya lo he dicho...

—Es decir, que usted ha enviado muestras de nuestros materiales a manos rusas por espacio de tres años... Y, claro, los rusos nos están superando, asombrosamente, en ciertos aspectos. Se comprende... Se comprende, Aloysius, porque, lo sabemos todos, las cosas, en su mayoría, son susceptibles de perfeccionamiento, y los rusos, con nuestro material en sus manos, sólo tenían que perfeccionarlo, para adelantarse a nosotros. Seguían el camino fácil, no cabe duda...

—Y facilitado por un loco... —masculló Howard.

—¿Ustedes no han robado secretos a Rusia? —Gruñó Aloysius.

—No le incumbe —dijo Lovejoy—. Le estamos juzgando a usted, y no a nosotros mismos. Usted ha estado causando graves perjuicios a su propio país. Aloysius... ¿No lo entiende? Nuestros espías en el exterior se juegan la vida por gentuza como usted... Y usted traiciona a todo el mundo... Tres años... Mucho material, ¿eh? Proyectiles, e incluso armamento, claro. Basta la pequeña muestra que usted enviaba para que los científicos rusos descubrieran infinidad de cosas sobre nuestros aparatos de cualquier índole... ¡Tres años! ¡Usted es un loco irresponsable, Aloysius!

Silencio.

Lovejoy se calmó.

—Bien... —prosiguió, con voz tranquila—. Ha desaparecido Zarko, y Simona. Pero no es todo. Yo no puedo creer que Zarko

obtuviera el material por sus propios medios, desde el propio Cabo Kennedy de donde han salido estos excedentes. Por consiguiente, no todo ha terminado con su captura, y la muerte de los mencionados. Supongo que entiende dónde quiero ir a parar.

—Sí...

—Por mucho que lo lamente, que me ciegue la ira al pensarlo, Aloysius, hay alguien en Cabo Kennedy que se ocupa de proveer de esos excedentes, insignificantes pero suficientes muestras, a Zarko. Luego, se adivina una gran red por todo el mundo; joyeros, o falsos joyeros de todo el mundo, recibían ese material, perfectamente camuflado. Pero de eso habrá que ocuparse más tarde. Pero será cosa de un día. Interesa cortar la carrera de ese hombre que se apodera de ese material. Eso es principal, puesto que sin esas muestras toda la organización, la red de todo el mundo se quede en el vacío..., sin trabajo.

—¿Green que conozco al hombre de Cabo Kennedy?

—Estamos seguros. Por eso posiblemente, querían matarle Zarko y Simona.

—Era casi por capricho. Lo suyo era la ejecución —gruñó Aloysius—. Además, no tenía objeto matarme por eso, puesto que Zarko, sabiendo que las muestras estaban en poder del

F. B. I.,

ya anticipó que el asunto había que abandonarlo. Todo era distinto cuando nos creían simples contrabandistas...

—Dejemos eso. ¿Quién es el hombre de Cabo Kennedy, Aloysius?

Aloysius vacilaba.

—Bien..., ¿qué razones tenía para callar, en realidad cuando todo estaba hundido? ¿Y qué razón tiene para proteger a un hombre más traidor que él?

En aquel instante sonaba el teléfono, y el inspector Lovejoy, sin dejar de mirar a Aloysius, lo cogió.

—Lovejoy —dijo.

—Escucho, Washington.

Lovejoy escuchaba. Su rostro expresaba unas veces asombro, otras, ira, y, de nuevo, asombro; y otra vez ira al final. Tras oír durante más de cinco minutos, dijo:

—Está bien. Ordenes son órdenes.

Y colgó.

Miró a Aloysius, y dijo:

—Mencione las iniciales del hombre de Cabo Kennedy.

Aloysius, un tanto sorprendido, dijo:

—

M. S. A.

—Pues tome buena nota: acaba de suicidarse.

Lo dijo con brusquedad.

Howard apretó los labios. Aloysius palideció.

—A usted no se le concederá esa oportunidad, Aloysius, puede estarse seguro. Y..., desde este momento, según órdenes recibidas, usted pasa bajo el control directo de Washington. Hoy mismo, en vuelo especial, será trasladado allí. Es todo. Tal vez los rusos, sin materiales de muestra, sin poder perfeccionar nada nuestro, no consigan obtener la misma ventaja que hasta ahora. Fuera.

Howard se puso en pie, y gruñó:

—¡A Washington...! ¿Sabe qué haría con Aloysius, señor? Le dejaría ante mis mastines... Cualquier cosa será dulce en comparación con lo que «Scorpion» y «Sinister» harían con él... Y pagaría todos sus crímenes... Aunque, tal vez, en último momento, también confiese lo de la señora Pettygrove, ¿eh, Aloysius?

—Es posible... —musitó Aloysius.

—¿Me necesita, señor? —inquirió Howard.

—No...

—Entonces, permita que salga de aquí al vuelo... Siento unas tremendas arcadas. M. S. A., Aloysius, Zarko. Simona..., malditos seáis todos.

Y se largó a grandes zancadas.

Dio un portazo y, ya en el pasillo, encendió un cigarrillo.

Se sentía furioso, pensando que cada vez que mirase al cielo, creería estar viendo el producto de una sucia traición. Sí..., lamentable que el cielo estuviera lleno de traiciones, de sangre..., de artefactos que no sólo costaban dinero, sino vidas, engaños, falsedades...

Bastante deprimido, salió de la Delegación.

Aquello era muy distinto.

No era una noche más, por supuesto. Era «su» noche. El

«Copacabana» presentaba un aspecto soberbio, con sus luces, su lujosa ambientación, sus extraordinarias «copa-girls», la música, la cena... Y ella. Especialmente ella, Yvonne, cuyos verdes ojos eran incapaces de disimular la felicidad que sentía.

Yvonne llevaba el cabello recogido en un gracioso peinado, y su minivestido blanco, con un discreto adorno de piel en cuello y mangas. Una figura delicada, bonita...

—Howard...

—¿Sí?

—No creas que me importa que me engañaras. La verdad, después de todo, es tan hermosa, que te lo perdono todo. Pero... me hiciste sufrir mucho con tus mentiras. Y yo..., yo repitiéndome una y otra vez que no podías ser lo que decías; que era imposible...

—Instinto femenino, ¿eh?

—Bueno..., es posible.

—Pues hay más sorpresas.

—¿De veras, querido?

—Ujú. ¿Bailamos?

—Claro.

Salieron a la pista.

Era una música suave, dulce. Howard tomó posesión de Yvonne, que a su vez le rodeaba el cuello con ambos brazos. Se miraban a los ojos. Yvonne musitó:

—Me tienes sobre ascuas, Howard.

—¿Por qué?

—Oh, por favor... Acabas de decirme que había más sorpresas. No has podido olvidarlo tan pronto.

Howard frunció el ceño.

—Esto..., sí, claro..., sorpresas...

—Pero ¿qué te ocurre?

Howard pestañeó. Demonios, eso se preguntaba él: ¿qué le ocurría? Increíble... El, Howard Kellog, en aquellos momentos, no sabía decirle una sola palabra a una chica... Él, que había conocido docenas de mujeres a las que trataba con desparpajo, con un poquito de ironía, de condescendencia... Él, que había tenido que huir de algunas, demasiado tenaces. ¿Cómo era posible que en aquellos momentos tuviera la lengua como de madera? Además..., ¿qué era aquello? ¡Hasta se le alteraba el corazón...!

Y ella le miraba dulcemente, esperando.

Tal vez por eso; porque le miraba de aquella manera, con los grandes y límpidos ojos verdes..., porque tenía los labios entreabiertos, brillantes, sonrosados...

—Howard, ¿qué pasa?

—Nada... Es... esta musiquilla de los demonios..., digo yo.

—Pero si me dijiste que era tu pieza preferida.

—¿Eso dije? Mentí. Prefiero una marcha fúnebre.

—¡Howard!

—Mira, nena..., ¿nos vamos de aquí?

—Pero si se está maravillosamente...

—¡Pues yo sudo!

Yvonne entornó un poco los ojos, y empezó a sonreír, cada vez más abiertamente, hasta que lanzó una discreta carcajada. Se apretó un poco más contra Howard, y dijo:

—Puedo ayudarte, Howard.

—¿A mí? ¿A qué?

—Pues a que me des esa sorpresa.

—Oh..., sería interesante. Empieza a ayudarme.

—De acuerdo... Primero...

Primero, un beso; corto, breve, discreto. Luego, Yvonne aún se estrechó más contra Howard, quien creyó empezar a sentir los efectos de un muy suave pero enérgico champaña... que aún no había bebido.

—¿Te sientes mejor? —susurró Yvonne.

—S-sí...

—¿A mi lado? ¿O es por otra cosa?

—A tu lado...

—Oh, Howard... ¿Acaso... podrías quererme un poquito?

Howard cerró los ojos.

—¡Qué tontería...!

—Entonces..., ¿podrías quererme mucho?

—Sí...

—¿Hasta qué punto?

—No hay límite —pudo decir Howard.

—¿Y... te casarías conmigo?

—Eso es... Me casaría contigo..., si quieres...

Yvonne le volvió a besar.

—Cariño..., te has declarado, y me has pedido que sea tu esposa —susurró—. Es... es una sorpresa muy, muy agradable... Oh, no es eso... Es la noche más feliz de mi vida...

Howard empezó a sonreír. Se había declarado, ¿eh? Hum..., las mujeres entienden muy bien ciertas cosas, si son inteligentes. Y si son inteligentes y dulces, mejor. Y si son despampanantes, como Yvonne, mucho mejor, y...

—Al diablo esta musiquilla, Yvonne. No me deja decirte todo lo que deseo...

—Pues vámonos.

La sacó en volandas, casi. Al jardín. Allí no había malditos traidores...

FIN



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2160 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Plus.

